


# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

# EL JARDÍN DE LOS SUICIDAS





COLECCION

# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

**CURTIS GARLAND**

# EL JARDÍN DE LOS SUICIDAS

**Colección ¡KIAI! Nº 57**
**Publicación semanal**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA -BOGOTÁ — BUENOS AIRES - CARACAS — MÉXICO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

52. — Infierno para una dama —*Clark Carrados*

53. — En memoria de un budoka —*Lou Carrigan*
54. — Pelotón yankee —*Ralph Barby*
55. — Muerte vestida de oro —*Curtis Garland*
56. — La careta —*Clark Carrados*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 46.877 — 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1978



Documentación gráfica para la cubierta cedida por
la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Oráticos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1978

*Shi Mort Yori Irite Sei mon Niiru*

(A través de la puerta de la Muerte,se llega a la de la verdadera Vida)

*Máxima de los samuráis*

# CAPÍTULO PRIMERO

# INVITACIÓN DESDE OSAKA

Los ocho luchadores rodeaban virtualmente al solitario luchador situado en el centro del *tatami.*

—Recuerda, Cole —dijo la fría voz, allá en el borde de la pista—He apostado diez mil dólares a que no puedes vencer a esos ocho hombres sin ser tú vencido antes por cualquiera de ellos.

—Lo recuerdo muy bien —sonrió, sereno, el luchador—. Yo no apuesto nunca dinero cuando me entreno, Buggles. Pero tú te obstinaste en ello y he aceptado. De ese modo, el Centro Benéfico de San Francisco tendrá diez mil dólares llovidos del cielo para afrontar los gastos de estas vacaciones. Van a hacerlos muy felices, seguro.

— ¡Primero tienes que ganarlos, fanfarrón! —voceó el llamado Buggles, alzando un puño cerrado, con gesto enérgico—. ¡Todos esos hombres que te he traído, son expertos en Artes Marciales! Te presento a dos karatekas de sexto Dan, uno de séptimo, un cuarto Dan de judo, y quinto Dan de aikido y tres kendokas cuarto Dan. Todos conocen, más o menos, el karate. El más lerdo de ellos, puede ser perfectamente cuarto Dan de karate. De modo que ya sabes con lo que te enfrentas, Cole. Si pierdes, pagarás esos diez mil dólares. ¡Y yo no pienso regalárselos a la beneficencia, puedes estar seguro!

—Me tiene sin cuidado lo que hagas —suspiró Cole—. Yo sé lo que haré... si gano.

—Vaya... ¿Ya no te sientes tan seguro de ti mismo? se mofó Buggles, el eterno apostador, el hombre más jugador de todo San Francisco y, quizá, de California entera.

—No es eso. Es que no se puede desmerecer ni dejar de respetar, jamás, al adversario. Tal vez alguno de ellos logre vencerme La confianza es la peor compañera de un luchador. Pero lo peor tuyo, Buggles, es que ya te ves con ese dinero en el bolsillo. Y la codicia te hará sentir mayor decepción cuando pierdas...

—Menos alardes, Cole. Vas a verte con problemas, amigo mío. Ahora... ¡adelante! Y a ver cuánto soportas sin caer...

Hizo un gesto. Cole se inclinó ante el cerco de rivales, cortésmente. Los ocho luchadores respondieron amablemente con igual ceremonia.

Luego, comenzó la lucha.

Los ocho se movieron cautelosamente en torno a Frank Cole. Estaban estudiando minuciosamente su estrategia. Cole se situó rápidamente en posición.

Eligió la *Kata Pinam-Nidan,* iniciando su ofensiva sobre el adversario situado al oeste. Como otras *katas* del karate, ésta se iniciaba en *Yoi,* mirando al norte. Por tanto, giró hacia la izquierda situándose en *Ko-Kutsu-Dachi,* y, sin modificar esta postura, levantó simultáneamente ambos brazos, el derecho horizontal ante su frente, en *Age-Uke, y* el izquierdo verticalmente a este lado, en *Uchi-Ude-Uke.* Fue una doble parada del acoso enemigo, y frenó los intentos de ese antagonista, pasando rápidamente a la contraofensiva. Bajó el antebrazo derecho para golpear, y en esta posición, llevó el pie izquierdo más lejos, al oeste, y situado en *Kiba-Dachi,* golpeó en *Tsuki-Chudan* con el puño izquierdo, lateralmente.

Cayó hacia atrás el enemigo, inconsciente por el martillazo seco y ya estaba inmediatamente Frank Cole encarado al segundo enemigo, hacia el este de su posición inicial, dando la vuelta sobre el mismo sitio, para encontrarse en *Ko-Kutsu-Dachi,* con el pie derecho adelantado hacia el este, y al mismo tiempo llevó los dos puños al lado derecho.

Repitió exactamente la acción de su anterior embate, y luego pasó a la postura *KibaDachi,* y golpeó con *Tsuki-Chudan,* tras haber parado el doble acoso enemigo. Fue un impacto lateral de puño derecho, que lo derrumbó aparatosamente.

Apenas si habían transcurrido dos segundos, ya habían dos adversarios fuera de combate, afrontando ya Cole el tercer embate, arrancando de la posición *Kiba-Dachi* anterior, llevó ambos puños a su lado izquierdo, el derecho encima del zurdo, y, al tiempo, llevó el pie derecho hasta la rodilla izquierda, manteniendo el equilibrio sobre su pierna zurda.

Entonces disparó el puño derecho en un impacto fulminante de *Tsuki-Jodan,* simultaneado con el pie derecho, en un formidable puntapié *Yoko-Geri-Jodan,* que dejaron fuera de combate al tercer adversario.

El cuarto enemigo no tardó en ser dominado y vencido, en simples instantes, con una velocidad de vértigo. Para ello, le bastó hacer un *Mawashi-Shuto-Uke* con su mano derecha, otro con la izquierda, y finalmente, dio un gran paso en *Zen-Kutsu-Dachi,* golpeando el estómago del contrario con un *Nukite,* vertical su mano, mientras el

grito violento, rabioso, impresionante, brotaba de 'todas las fibras de su ser, materializando sus energías todas en aquella sola y escueta palabra que ni siquiera parecía pronunciada por unos simples labios humanos:

— ¡KIAI!

Inmediatamente, el quinto enemigo salió disparado, tras recibir dos *Mawashi-ShutoUke,* uno con cada mano abierta de Cole, que le abatieron sin defensa posible, pese a su experiencia evidente en tales acciones.

Ya sólo quedaban incólumes los dos últimos enemigos y Cole eludió limpiamente sus golpes en *Mae-Geri-Jodan* con el pie zurdo, y un *Uraken-Shomen* a su rostió, con el puño derecho.

Inmediatamente pasó a atacar, y no perdió demasiado tiempo en dar buena cuenta de sus dos últimos adversarios sobre el *tatami.*

Para ello, le bastó con situarse con el pie izquierdo inicialmente en *Zen-Kutsu-Dachi,* mientras su mano derecha describía un gran círculo, pasaba debajo de la axila izquierda y regresaba delante del pecho con un poderoso *Uchi-Ude-Uke,* armada ya la mano zurda al lado izquierdo. Luego, un *Mae-Geri-Jodan* demoledor, sin mover las manos, logrando impacto con su pie zurdo, fue rematado finalmente por un devastador *Gyaku— Tsuki-Jodan* de su puño izquierdo, que remachó al séptimo adversario de modo definitivo.

Por fin, el octavo y último luchador del *dojo* salió disparado hacia atrás, con un gemido, cuando logró Cole, tras hacer *Mate* con el pie derecho como eje, para disparar la mano izquierda golpeando con *Nukite* los ojos del contrincante, separados los dedos índice y corazón en forma de púas de tenedor. Luego, un *Age-Uke* potentísimo, con el antebrazo derecho, fue lo que dio culminación definitiva a la desigual batalla.

— ¡Maldito seas, Frank Cole! —rezongó Buggles, malhumorado, pegando un golpe sobre el respaldo de su asiento—. Me ganaste. Me ganaste hasta el último cochino dólar de mi apuesta... y debo admitir que me lo ganaste bien... Nunca vi un tipo peleando como tú, pero pensé que mis ocho luchadores especiales, podrían vencerte. Mala suerte. La próxima vez traeré otros mejores, no lo dudes. Y recuperaré doble suma... o lo volveré a perder todo en mayor cantidad. ¿De acuerdo, Cole?

—De acuerdo, Buggles —rio suavemente Frank.

Y saludó respetuosamente a sus vencidos, siendo respondido ceremonioso por todos éstos. Sus manos se estrecharon sin rencor. Así eran los karatekas. Así eran los hombres que practicaban las Artes Marciales.

* * *

—Buggles es un loco —rio de buena gana Kwan Shang—. Vive solamente para apostar. Cualquier día, apostará sobre la fecha de su propia muerte, o sobre los minutos que dure su agonía.

—Hizo su fortuna con las apuestas, y eso parece ser algo que no puede olvidar jamás —sonrió Cole—. Ni siquiera es capaz de comprender que un budoka no apuesta jamás dinero en sus actividades, porque nuestras Artes no son una competición para lucrarse ni para imitar a las carreras de caballos o los combates de boxeo. Pero imagino que es inútil razonar sobre ciertas cosas con un hombre de la mentalidad de Buggles.

Habían llegado ya ante la residencia rodeada de amplios jardines, donde tenían su residencia los Tres Dragones de Oro, el grupo de luchadores de Artes Marciales más popular de todo el país.

Frank Cole y su amigo chino, Kwan Shang, eran dos de esos luchadores que habían hecho célebre el apodo desde su primera aventura, cuando llegaron a alcanzar la fortuna de que disponían, y que era utilizada con el único objetivo de a cuantos les necesitaran, financiando sus actividades encaminadas a ayudar a las personas víctimas de alguna injusticia o enfrentadas a peligros que eran incapaces de arrostrar.

La tercera persona que formaba el esforzado trío de budokas era Lena Tiger, la hermosa mulata de pelo rizado, encrespado a lo *afro,* y les esperaba, ahora, en la residencia cuyas cercas de normal apariencia no hacían sospechar que existiera en torno a la finca un sistema electrónico de seguridad realmente fantástico, que hacía sumamente difícil el acceso de cualquier intruso a dicha vivienda. Los ocultos dispositivos de seguridad, funcionaban siempre en el momento preciso, indicando la presencia de un merodeador en el área controlada, y actuando en consecuencia contra el mismo, llegado el momento, para neutralizar cualquier actividad peligrosa.

Momentos después, entraban Kwan y su amigo en la residencia, encontrándose con Lena Tiger, que hacía ejercicios gimnásticos en un pequeño *dojo* situado en el ala del edificio destinada a instalaciones gimnásticas y deportivas, junto a la piscina.

Al verles llegar, Lena Tiger, con la piel levemente brillante por la transpiración del ejercicio, se apresuró a detener el ritmo de sus movimientos gimnásticos, para ir hacia ellos, dar un cariñoso golpe en la espalda de Kwan, y abrazarse a Frank Cole, contra el que oprimió su cuerpo escultural y arrogante, besando la boca del joven luchador.

El karateka sintió en sus labios la deliciosa caricia húmeda de los carnosos labios de la mulata, y le devolvió con ternura y pasión el beso, rodeando fácilmente su cimbreante talle desnudo, con su brazo. Se excitó Cole levemente, sin poderlo evitar, cuando los pechos desnudos de la joven de oscura piel se apretaron contra su propio

torso, a través de la liviana camisa primaveral.

—Querido Frank... —susurró Lena, sus labios pegados aún a los de él—. ¿Cómo fue esa absurda apuesta?

—Ganó el Centro Benéfico —rio Frank entre dientes, con buen humor, deslizando una de sus manos cariñosamente hacia las nalgas de Lena, cuyo duro y rotundo trasero acarició, suave, mientras le mordía tiernamente los labios gruesos de mujer de color—. ¿Satisfecha?

—Mucho —rio ella, ronroneante, pegada a él, y sintiendo avivarse sus deseos más candentes dentro de sí, al roce de las caricias del hombre al que amaba y por el que hubiera dado mil veces la vida—. Sabía que vencerías Eres único, Frank, mi vida...

—No estés tan segura de eso jamás —la previno él—. Siempre existe alguien más fuerte y más hábil que uno. Es cuestión de suerte no encontrarse jamás con él, o hacerlo lo más tarde posible.

—Tienes razón —musitó ella. Le miro con ojos brillantes, nublados levemente por el deseo. Exhaló un suspiro y musitó, mientras notaba la mano de Frank acariciándola—: Creo que es el momento de refrescarse un poco.

Y separándose de él con cierta brusquedad, rio entre dientes y se lanzó al agua de la piscina, sumergiéndose en ella y nadando como una ondina.

Frank la contempló, también sonriente, y meneó la cabeza.

— ¡Pequeño diablillo! —la reprochó, riendo.

Y se alejó hacia el interior de la casa, donde ya se hallaba Kwan Shang, tratando de olvidar, por el momento, las sensaciones que la proximidad ardiente de Lena despertaran en él.

Frank alcanzó el *living,* en donde como de costumbre, habían dejado el correo del día para todos ellos, sobre una bandeja de plata situada sobre un estantería, entre figurillas de laca, marfil y jade, recuerdo de muchos y apasionantes viajes, casi siempre ricos en peripecias y peligros.

— ¿Has observado, Frank? —dijo Kwan Shang, mostrándole un sobre alargado que tenía en su mano—. Parece ser que la misma persona nos ha escrito a los tres...

Y señaló otros dos sobres, idénticos en forma y color —el papel tenía un peculiar tinte amarillento, como pergamino—, dirigidos respectivamente a Lena Tiger y a Frank Cole, así como el que ya tenía el joven chino, iba a nombre de éste.

Frank enarcó las cejas, tomando su propio sobre al comentar:

—Será alguna propaganda, como ocurre siempre...

Sus dedos rozaron el sobre, con cierta leve sorpresa en él. Aquel papel no sólo parecía pergamino. Lo era.

Un suave pergamino de rugosa superficie, que hablaba de tiempos

lejanos, aunque su manufactura en esta ocasión diese la impresión de ser totalmente actual. Observó el matasellos y los sellos utilizados para aquella misiva.

Los sellos eran japoneses. El matasellos, de la ciudad de Osaka.

—Carta de Japón para los tres —comentó Frank, pensativo—. Es curioso...

Observó cómo Kwan Shang empezaba a rasgar el sobre. Cole lo volvió previamente, leyendo su remitente, escrito en caracteres nipones, a pincel. Entendía lo suficiente de japonés para leer lo que allí decía:

TARO FUKIRA OFICINA DE INVITACIONES ESPECIALES
OSAKA (HONDO), JAPÓN

Había una sigla más, de carácter japonés medieval, que le costó unos segundos interpretar y traducir al occidental.

Y, rápidamente, gritó a Kwan, con un tono de alarma agudo en su voz:

— ¡No, Kwan! ¡No abras esa carta, no la toques más!

Y se precipitó sobre su amigo oriental, que le miraba sorprendido, empezando a extraer ya del interior del sobre una hoja de recio pergamino, con todo el aire de ser una típica cartulina de invitación.

Antes de que Kwan Shang entendiera lo que ocurría, la carta le fue arrebatada de las manos, y Frank Cole la arrojó lejos de sí, junto con la suya propia.

# CAPÍTULO II

# MUERTE POR CORREO

El asombro paralizó de momento a Kwan Shang, mientras Frank Cole lanzaba lejos de su alcance la misiva ya abierta. Miró estupefacto a su amigo, que jadeaba, la vista fija en aquellos dos sobres ahora caídos sobre la moqueta roja, junto a un hogar a la sazón apagado, y logró al fin balbucir:

—Pero, Frank, ¿qué... qué ocurre? ¿Por qué hiciste eso?

—Kwan, no sé cómo ello pueda ser, pero, dentro de esas cartas, de alguna forma, nos envían un mensaje de muerte.

— ¿De muerte? —masculló el joven chino, estupefacto.

—Sí, ¿no lo entiendes? Esas cartas pueden incluso ser la propia muerte para todos nosotros.

—Ni siquiera son abultadas o se nota algo sospechoso en ellas —protestó Kwan—. ¿Cómo se te ha ocurrido semejante idea?

—Es la inicial escrita atrás... Un viejo signo japonés, que significa por sí solo un concepto, una frase... Me costó dar con su sentido, pero lo logré a tiempo...

— ¿Qué quería decir ese signo? Yo sólo vi letras japonesas, y mis conocimientos del japonés no son muy amplios, pero he creído entender que fue enviada por un departamento de invitaciones, o algo así...

—Eso es cierto. Pero al final tiene una letra que no se relaciona con las demás. Es un antiguo signo que los samurais acostumbraban a utilizar en sus emblemas o escudos.

Significa... Puerta de la Muerte.

— ¿Puerta de la Muerte? —replicó, asombrado, Kwan Shang—. Pero ¿por qué?

—No logro entenderlo. Si es un enemigo nuestro, y esas caitas llevan algún ingenio químico determinado que pueda matar a un simple contacto con el aire o con la mano del destinatario... ¿para qué hacer constar la palabra Muerte en el sobre, como una advertencia? Por otro lado, el valor de tal advertencia es demasiado sutil, para que cualquier persona normal lo interprete.

Y sin embargo, podría ser algo así como una prueba, un modo de ensayar en nosotros una advertencia, y comprobar si, realmente, seríamos capaces de interpretarla correctamente.

—Todo eso es muy complicado, Frank.

—La mentalidad oriental es complicada, Kwan, y tú lo sabes mejor que nadie — estudió, receloso, las dos cartas que reposaban en la moqueta, preguntándose aún si, en realidad, sería cierto que podían contener alguna forma de muerte desconocida, en un simple pergamino.

— ¿Qué piensas hacer, entonces? No vamos a quedarnos aquí todo el día, contemplando esas cartas sin ver lo que contienen...

—No, en efecto —asintió Cole—. Trae unos guantes especiales. Los usaré para tomar las tres cartas y llevarlas a donde un proceso químico nos revele lo que realmente contienen. Creo que nuestro pequeño laboratorio bastará para ello. Si no, llamaríamos al teniente Dobkin, para que fuese utilizado el de la policía.

—Sí, Frank, está bien —se ausentó Kwan, para regresar con unos guantes de larga manopla, de una materia, mezcla de goma y amianto, tan impermeable a cualquier materia, como refractario a posibles sustancias inflamables—. Toma... y ten cuidado aun así. Podría saltar algo... al rostro, pongamos por caso.

—Ya lo he pensado —asintió Cole, ceñudo— Correré algún riesgo... pero los mínimos.

Tras una duda, fue a una figura decorativa del salón, que correspondía a un maniquí ataviado con el traje tradicional de los luchadores de kendo, sin faltar el sable típico ni la máscara de rejilla, que Frank quitó de la estatua, para ponérsela sobre el rostro, antes de ir a por las cartas, recoger las dos del suelo y la que aún le faltaba por recoger a Lena, llevándose todo ello al pequeño laboratorio químico y fotográfico que poseían ellos en su residencia.

Kwan le siguió, puesto que era el más experto de todos en cuestiones químicas. Momentos después, las tres cartas eran introducidas en un recipiente hermético y sometidas en el vacío a toda una serie de tratamientos químicos, para observar la reacción del material en que estaba escrita la extraña invitación de Osaka.

Pudieron leer, mientras iniciaban la tarea investigadora el texto en inglés, impreso en el tarjetón de pergamino, contenido en el sobre. Aparentemente, todo en él era normal, aunque la invitación en sí no lo fuera tanto.

TARO FUKIRA

INVITA A USTED A SU REUNIÓN EN LA ISLA DE LAS PERLAS, OSAKA,
(ISLA HONSHU, JAPÓN), DURANTE LAS FECHAS ABAJO INDICADAS, A UNA ESTANCIA
DE OCHO DÍAS EN SU MANSIÓN FAMILIAR, DONDE SERA USTED TRATADO CON TODA ATENCIÓN,LUJO Y CORDIALIDAD.
ESTA INVITACIÓN*NO PUEDE* SER RECHAZADA.

Sí, era una extraña invitación, puesto que, según decía literalmente en ella, *no podía* ser rechazada. Kwan y Frank se miraron, al llegar a ese punto en la lectura de los tarjetones, encabezados, sin lugar a dudas, a nombre de cada uno de ellos.

—Taro Fukira... —comentó en voz alta Kwan Shang—. Me suena ese nombre, y no logro saber de qué...

—Yo lo he recordado ahora mismo —manifestó Cole, estudiando aquel singular tarjetón—. Es el hombre más rico del Japón. Industrial de primera fila, llamado popularmente El Rey de la Electrónica, agrupa en su cadena de industrias de la electrónica hasta seis de las primeras marcas japonesas de la especialidad. Es casi una multinacional, y su fortuna se calcula en miles de millones de dólares. Su origen es remoto en el árbol genealógico, asegurándose que procede de una antigua familia noble japonesa, que dio a su país notables guerreros y valerosos samurais. Ese es, a grandes rasgos, que yo sepa, Taro Fukira, nuestro extraño anfitrión.

— ¿Le conoces personalmente, imagino?

—No, en absoluto. No sólo eso, sino que tampoco creo que él nos conozca por otra razón que por la que ahora somos: los Dragones de Oro...

—Pero, en tal caso, ¿por qué pretendería matarnos, tras una invitación semejante? —sacudió Kwan Shang la cabeza, perplejo—. No tiene ningún sentido...

—No, claro que no. Pero tampoco tiene sentido ese signo japonés que significa literalmente Puerta de la Muerte, y que corresponde, sin duda, a un antiguo poema de las llamadas *Máximas de los samurais.*

—Puede que sea sólo una... una costumbre suya... —aventuró Kwan, vacilante.

—Tal vez —Cole se encogió de hombros—. Pero es mejor estar seguros, antes de tocar ese tarjetón... Ha sido como una intuición, una corazonada. Pero puede ser algo más.

— ¡Eh, mira eso, Frank! —le llamó súbitamente Kwan, señalando al interior de la campana de vacío, donde las piezas de pergamino eran sometidas al examen químico—. ¡Algo ocurre con ellos...!

Era cierto. Algo ocurría en ellos, tan insólito como era previsible en las actuales circunstancias. Cole pestañeó, fija su mirada en los tres tarjetones. Vio izarse borrando paulatinamente aquellas letras impresas, como si una mano invisible las borrase ante sus ojos... ¡y nuevas letras, escritas con tinta simpática, aparecieron en el pergamino, nítidas y precisas, para mostrar ante sus ojos la cruda verdad!

—Lee eso —dijo roncamente Cole—. Lo que me imaginaba...

El nuevo texto era mucho más elocuente que el anterior, aunque igualmente asombroso:

SI HAN TOCADO ESTAS TARJETAS YA,

LA MUERTE ESTA CON USTEDES. UN SUTIL

YMORTÍFERO VENENO QUÍMICO, IMPREGNADO EN ESTE PERGAMINO, HA SIDO INOCULADO YA, A TRAVÉS DE SUS POROS, EN SU PROPIA SANGRE. A LAS

VEINTICUATRO HORAS SERA MORTAL DE NECESIDAD. PERO AUN TIENEN UNA

OPORTUNIDAD DE SALVARSE, SI SABEN ESPERAR MI ANTÍDOTO, QUE LLEGARA A USTEDES ANTES DE CUMPLIRSE ESE PLAZO... A CAMBIO DE ACUDIR SIN FALTA A MI INVITACIÓN.

SI HAN EVITADO TOCARLO Y LEEN ESTO, AHORA... LES FELICITO. HABRÁN

DEMOSTRADO SER TODO LO LISTOS QUE YO LES IMAGINABA. PERO ESO NO IMPEDIRÁ QUE TENGAN QUE VENIR A MI INVITACIÓN, ESTÉN SEGUROS.

*TARO FUKIRA*

—Es un puro absurdo —se quejó Kwan sacudiendo la cabeza—. Esto no tiene el menor sentido, Frank. Ese hombre, tenga los millones que tenga, y sea todo lo poderoso que sea, está loco de remate.

—Mira ese índice de tóxico, Kwan —le señaló gravemente Cole a un indicador graduado acoplado a la campana de vacío—. ¿Qué opinas?

Shang silbó entre dientes. El punto de toxicidad del producto impregnado en el pergamino, alcanzaba un índice de nueve sobre un máximo de diez. A partir de seis, cualquier producto allí detectado, era mortal de necesidad.

—Taro Fukira estará loco —suspiró Cole—. Pero dice la verdad...

— ¿Qué estáis haciendo ahí? —preguntó, jovial, la voz de Lena Tiger, entrando en el laboratorio con su rizoso cabello brillante de agua de la ducha, y envuelta en una toalla policromada su escultural y hermosa figura de bronce—. ¿Cuál es la diversión?

Frank se lo contó en pocas palabras, y el tinte de la epidermis de Lena se aclaró ligeramente en su rostro, cuando acusó, con su palidez, la impresión del hallazgo. Cayó en un asiento, sin importarle que su toalla estuviera a punto de caer, dejándola desnuda por completo.

— ¿Y eso por qué, Frank? —quiso saber, atónita—. ¿Quién puede desear nuestra muerte?

—Al parecer, un hombre que quiere que vayamos a Osaka lo antes posible —dijo sombríamente Frank.

En ese momento, un servidor asomó en la entrada, indicando a los tres:

—Tienen una visita, señor. Una dama desea verles con urgencia.

Tendió una tarjeta de visita a Frank. Este la tomó con la mano enguantada, ante la extrañeza del sirviente. Leyó las letras impresas:

STELLA WOND *Osaka. Isla de las Perlas*

—Que pase —dijo escuetamente Cole, tras mostrar la tarjeta a sus amigos, en silencio—. Comprueben con los detectores si lleva algún arma encima, de cualquier género que sea, sin que ella se dé cuenta.

—Sí, señor —asintió el sirviente, desapareciendo.

— ¿Crees que es prudente recibir a esa dama? —dudó Kwan.

—Si es una enviada de Fukira, puede aclararnos muchas cosas.

—O meternos en otra maldita trampa como ésa —se irritó Kwan, señalando las cartulinas de pergamino, que ahora, en su encierro hermético, revelaron una nueva maravilla química. ¡El segundo texto se había diluido totalmente, dejando los tarjetones totalmente limpios de toda escritura o impresión!—. ¡Diablo, Cole, ya no hay nada escrito ahí! No tenemos la menor prueba de que el tal Fukira pretendiese

envenenarnos...

—Lo imaginaba —suspiro Cole, arrugando el ceño—. Ese tipo es muy listo, además de actuar misteriosamente... Muy misteriosamente, la verdad. Veremos si esa dama nos aclara algo...

Esperaron, sin poder disimular su curiosidad y expectación. Momentos después, por un interfono llegó la voz susurrada del sirviente:

—Ningún arma blanca o de fuego. Nada sospechoso detectado en su monedero o en los bolsillos. Es todo, señor.

Los tres siguieron esperando. Unos momentos después, la puerta se abría... y entraba una mujer en la estancia.

—Buenos días —saludó con una sonrisa dulce y espontánea, que reveló la nitidez de sus dientes, blancos y muy iguales, entre los bien moldeados labios rojos—. Yo soy Stella Wond, de Osaka, Japón. ¿Usted es el señor Cole?

Lo preguntó como si lo supiera muy bien, mirando fijamente a Frank. Este asintió con la cabeza, estudiando la serena y juvenil belleza de la joven, cuyo acento revelaba que era, sin duda alguna, ciudadana norteamericana.

—La causaría de Japón, resulta ser una encantadora compatriota —sonrió Cole, ganándose una mirada de soslayo, nada amable, de Lena Tiger—. Bien, señorita Wond, ¿a qué debemos el honor de su visita?

—Me envía Taro Fukira —dijo ella, escuetamente—. ¿Eso aclara algo los motivos de mi visita, señor Cole?

—Bastante, sí —suspiró Cole, entornando los acerados ojos y endureciendo su mirada perceptiblemente—. Si forma usted parte de ese absurdo plan criminal, le notificaré, señorita Wond, que hemos descubierto la naturaleza real de esos tarjetones de invitación. Véalos allí.

Se los mostró, dentro del recipiente de vidrio. Ella sonrió, mientras estrechaba la mano de Kwan, y luego la de Lena, dirigiéndose inmediatamente después a Frank con la misma mano extendida, y un gesto de cordialidad en su bello rostro.

—Lo suponía —comentó—. También el señor Fukira estaba seguro de ello. Por eso estoy ahora aquí.

—No veo muy claro ese razonamiento, señorita Wond —observó secamente Cole, tras estrechar la suave mano femenina con escaso entusiasmo.

—Se lo expondré más claramente. Si ha leído el mensaje invisible de esas cartas, ello significa que usted entendió el signo japonés escrito en la solapa del sobre, como el señor Fukira esperaba.

—Y de no haber sido así, ahora estaríamos envenenados, ¿no es eso? —replicó secamente Cole.

—En efecto —la sonrisa de ella se hizo encantadora—. Pero yo traía conmigo el antídoto.

— ¿Usted?

—Así es. No hubieran corrido peligro alguno, aun envenenándose.

— ¿Ha venido del Japón en avión?

—Por supuesto —ella enarcó las cejas—. ¿Por qué lo pregunta?

—Imagine un accidente, cualquier fallo en ese avión. Incluso un posible secuestro terrorista. Usted no hubiera llegado jamás. ¿Qué hubiera sido de nosotros en veinticuatro horas?

—Nada. Había otros antídotos, en viaje, hacia acá. Cualquier fallo en mi llegada, hubiera significado el alerta inmediato para otro emisario, que llegaría hasta ustedes con el antídoto. ¿Fácil, no?

— ¿Piensa en todo el señor Fukira? —gruñó Kwan Shang con aspereza.

—Supongo que en casi todo —sonrió Stella Wond con su aire encantador.

—Menos en el hecho de que no se puede manejar a seres humanos como simples marionetas, ni exigirles determinadas actitudes, ni jugar con ellos como el gato con el ratón —replicó Lena Tiger, airada—. Señorita Wond, ¿está usted de acuerdo con los métodos de ese hombre, sea lo que sea él para usted?

—Él es mi jefe. Trabajo para él como secretaria suya. Y no tengo queja de él.

—Lo supongo —comentó Lena con sarcasmo—. Cobra un buen sueldo, viaja por cuenta del poderoso señor Fukira, y cumple sus órdenes a rajatabla, aunque estas órdenes signifiquen peligro mortal para alguien. Una secretaria eficiente, en suma.

—Ahórrese sus burlas —objetó Stella Wond sin inmutarse—. El señor Fukira no desea que peligre la vida de nadie. Sólo pretende que ustedes no falten a su invitación. Que este sábado estén en Osaka, sin falta, y permanezcan allí hasta el siguiente viernes. Es todo.

—Es demasiado esperar —manifestó Cole, gravemente—. No pensamos ir.

— ¿Seguro?

—Seguro.

—Será una grata estancia para los tres. Serán invitados de honor del señor Fukira, con todo lo que ello significa.

—Hum... Tal vez alacranes como aperitivo, digo yo —rio Kwan entre dientes.

—No tiene gracia —replicó Stella, mirando al joven chino—Pero les puedo decir que el señor Fukira tiene una mansión fastuosa, toda clase de lujos, comodidades y atenciones para sus huéspedes, los manjares más exquisitos a su mesa... y un cheque bancario de medio millón de dólares.

— ¿Medio millón? —Cole la miró pensativo—. ¿Para nosotros?

—En efecto, señor Cole.

—No nos alquilamos a nadie. No cobramos nuestra ayuda jamás.

—El señor Fukira lo sabe. Pero ese cheque es un simple donativo Pueden utilizarlo posteriormente en cualquier obra noble y digna. Con medio millón se pueden hacer muchas cosas buenas en el mundo, si es una persona recta y honesta.

—Para ello no necesitamos someternos a la voluntad de nadie, por muy rico y poderoso que se crea. Los tiempos del feudalismo pasaron ya... incluso para el Japón. Y él lo sabe.

—Es posible que les llame para una alta misión de justicia y de honor.

—Pudo dirigirse a nosotros de otro modo, no con recursos criminales y peligrosos para la vida ajena, señorita Wond. —Cole meneó enérgico la cabeza—. Está resuelto. No vamos a ir a Japón porque el señor Fukira tenga ese capricho, sean cuales sean sus altruistas motivaciones.

—Ustedes dicen luchar por la justicia y por las causas rectas y nobles.

—Envenenar unas cartas, no es nada recto ni noble.

—No están envenenados, después de todo. Y no hubieran peligrado en absoluto.

—Quizá. Pero son los métodos los que no me gustan en absoluto. Dígale de nuestra parte a su jefe que nos negamos rotundamente a ir a Osaka.

—Lo siento, señor Cole —dijo—. No pueden hacer eso.

— ¿Qué? —replicó Frank—. ¿Qué es lo que no podemos hacer?

—Negarse a ir a Osaka. *Tienen* que ir.

— ¿Ya volvemos a eso? —el joven budoka parecía a punto de irritarse—. ¿Cómo debo decirle que no nos gusta que nadie nos *exija* nada?

—En este caso concreto, me veo obligada a ello, señor Cole. Recuerde que yo soy la portadora del antídoto.

—Recuerde usted que nosotros *no* hemos tocado esas invitaciones y, por lo tanto, no hemos asimilado el veneno que en ellas existía —replicó fríamente Kwan Shang.

Inesperadamente, Stella Wond se echó a reír Fue la suya una risa fresca y espontánea, pero que a Frank Cole no terminó de gustarle demasiado. De modo repentino, creyó intuir en ella un imprevisible y siniestro significado que, de momento, no adivinó cuál era, exactamente.

Ella misma se cuidó de advertírselo con voz tranquila, como si estuviese anunciando un divertido juego de sociedad:

—Mírense la palma de sus manos, por favor. Si ésta ha empezado

a tomar un especial tinte azulado, ello querrá decir que, *realmente,* están envenenados ya...

Lena Tiger fue la primera en mirarse y, pese a su tez oscura, captó con facilidad la extraña coloración azul de su epidermis en la palma de la mano, y en los dedos.

— ¿Qué significa? —comentó, perpleja, y también preocupada súbitamente.

Kwan Shang y Cole, asimismo, pudieron estudiar a su gusto aquella tonalidad intensamente azul que, de modo inexplicable todavía, había adquirido el reverso de su mano derecha.

Por un momento, la desorientación asaltó a ambos. Luego, fue Cole quien de modo súbito, creyó intuir la terrible verdad, y buscó la comprobación en los ojos enigmáticos y burlones de la rubia visitante.

—Ha sido usted... —susurró con voz fría y dura, dando un paso hacia ella—. ¡Usted *es* la Muerte, señorita Wond!

—En efecto —afirmó ella suavemente, aunque retrocediendo, como si temiera ser agredida por el rubio budoka americano—, Yo soy la Muerte, señores...

# CAPÍTULO III

# ISLA DE LAS PERLAS

Tranquila, serena, muy dueña de sí, Stella Wond procedió, con toda lentitud, a despegar de sus manos algo que hasta entonces había permanecido totalmente invisible, de tan adherido como estaba a su propia piel.

Una delgadísima lámina de plástico, como una segunda epidermis transparente, se desprendió de cada una de sus manos, accionada por sus dedos, igualmente enfundados en aquella especie de sutiles guantes, los cuales luego fueron a parar al fondo de su bolso, sin que ella dejara de sonreír, fija la mirada en ellos tres.

—Cuando estreché sus manos... —explicó—, quedó inoculado el veneno en su piel, y penetró por ésta, alcanzando sus arterias. Ahora circula ya por su cuerpo, pero su acción es sumamente lenta, aunque ningún especialista en Toxicología conozca su naturaleza ni su antídoto. Es el llamado Veneno Azul, una antigua fórmula heredada de los viejos tiempos feudales japoneses. Una propiedad más de mi patrón, el señor Fukira.

—De modo que, virtualmente, ha venido usted a asesinarnos —acusó fríamente Lena Tiger, mirándola con ojos inquietantes.

—No desea matarles a ninguno de ustedes, pueden creerme —sonrió dulcemente

Stella.

—Pues lo disimula bastante bien —comentó, sarcástico, Kwan Shang.

—No quieren comprenderme. Él no es un asesino, ni yo hubiera hecho esto, de no saber que no corren peligro alguno... siempre que hagan algo que el señor Fukira espera de ustedes.

—Creo entender adónde va a parar en sus intenciones —silabeó Cole, pensativo, con el ceño fruncido—. Pero mejor expóngalas usted, señorita Wond. ¿Qué tenemos que hacer para obtener el derecho a seguir viviendo?

—Algo muy sencillo: aceptar la invitación y venir conmigo a Osaka —de un bolsillo extrajo una pequeña carterita, conteniendo cuatro billetes de avión, que agitó significativamente—. Son sus pasajes al Japón, señor Cole. Todo está previsto y a punto.

—Y si aceptamos ir con usted a Osaka...

—Naturalmente, recibirán allí, en su momento, el antídoto auténtico, la única forma existente en el mundo de neutralizar el veneno que ahora llevan dentro de sí. El mismo tarda exactamente una semana en ser absoluta e irremisiblemente fatal. En ese mismo período de tiempo, es posible detener sus mortales efectos con el antídoto que *sólo* posee mi jefe, el señor Fukira. Creo que la situación está bien clara, ¿no, señor Cole?

—Muy clara —asintió, sombrío, el budoka—. Esto es un chantaje vergonzoso.

—Llámelo como quiera.

—Y peligroso también. Se juega con tres vidas humanas, con absoluto desprecio a las mismas.

—Tómenlo como quieran, pero vengan conmigo a Osaka —había una nota de súplicaen la voz de la joven—. Creo que será lo mejor para todos.

Frank Cole cambió una mirada con Lena y Kwan, profundamente reflexivo. Finalmente, se encogió de hombros.

—Un filósofo dijo que, cuando no hay más que un camino a seguir, con un abismo a un lado y un muro al otro, alto y cortado a pico, sería suicida lanzarse al abismo y sería necio pretender escalar el muro. Por lo tanto, lo razonable es seguir ese camino, conduzca a donde conduzca —comentó Cole irónicamente.

—Era un compatriota mío —suspiró Kwan—. Sólo en China se le ocurriría a un filósofo exponer un ejemplo tan sencillo y tan auténtico.

—De modo que... vamos a seguir ese camino, y ver lo que nos espera a su final — comentó Frank secamente—. ¿De acuerdo todos?

— ¿Qué otra cosa podemos hacer? —musitó Lena, malhumorada.

—Ya ha oído nuestra respuesta, señorita Wond —manifestó Frank, mirando con frialdad ostensible a la rubia joven—. Se ha salido con la suya.

—Gracias. No podía ser de otro modo, lo sé. Como sé que debo resultarles a todos ustedes particularmente odiosa. Lo lamento. Lo lamento muy de veras, pero no podía hacer otra cosa —movió la cabeza, con un suspiro— Yo también... estoy contaminada con ese mismo veneno que les administré a ustedes. Si no lograba cumplir con éxito mi misión... no recibiría el antídoto de manos del señor Fukira, a mí regreso a Osaka.

—Ese hombre es un monstruo... o un loco —silabeó Kwan, furioso.

—Es, simplemente, un japonés a la antigua usanza —dijo la joven —. Cree que su palabra es ley. Y que sus designios son inexorables. Es un fanático, como casi todos los Fukira fueron en el pasado.

—Usted pudo haberle denunciado. Se vería obligado a darle el antídoto, porque en el moderno Japón, ese delito es un asesinato, ni

más ni menos. Y hoy en día hay leyes que no son las de los tiranos y feudales —señaló Lena Tiger, sombría.

—Usted no conoce realmente a Taro Fukira —murmuró tristemente Stella, moviendo su rubia cabeza de un lado a otro—. Si yo hubiera hecho algo así... él se hubiera suicidado, tras destruir el antídoto y su fórmula. Así es él.

Sobrecogidos por la psicología inquietante y estremecedora de aquel hombre que iba a ser su obligado anfitrión, allá en Osaka, los tres luchadores se miraron entre sí, perplejos y alarmados.

—No sé qué será lo que él espera de nosotros —murmuró Frank Cole—. Pero estoy seguro, ciertamente, de que no va a ser nada convencional ni rutinario. Lo cierto es que ya ardo en deseos de conocer a Taro Fukira, aunque confieso que no goza precisamente de mis simpatías.

—Eso, a él, no le importará demasiado —suspiró Stella Wond—. No le gusta despertar compasión, simpatía o afecto en las personas. Le basta con lograr lo que se propone. Y eso sí, siempre lo logró en su vida.

—No me sorprende nada, puede creerlo —manifestó Kwan Shang con tono sarcástico, encaminándose a la salida del gabinete destinado a laboratorio—. Voy a preparar mis maletas...

* * *

Osaka se extendía a sus pies.

Más de tres millones de habitantes, centro comercial del Japón y segunda ciudad del país. Situada en la desembocadura de un río, el Yodo, se enfrentaba a la amplia Bahía de Osaka, de la que los innumerables canales penetraban, formando una tupida red, en la ciudad.

Pero los ojos de Frank Cole no se fijaron especialmente en ninguna de esas características de la bella ciudad japonesa mientras el avión sobrevolaba la urbe, sino que siguió el movimiento de la mano de Stella

Wond, hacia un punto determinado, en la bahía, ya casi entre Kobe e Himeji.

—Allá puede verla —dijo la rubia norteamericana.

—Veo algunas islas dispersas, que llegan hasta más allá de Takamatsu —comentó secamente Cole.

—La más pequeña y aislada de todas ellas, en medio mismo de la bahía, es precisamente la Isla de las Perlas,

— ¿La Isla de las Perlas? —repitió Cole, ceñudo.

—Es la propiedad de Taro Fukira. Su mansión inexpugnable. Su imperio comercial e industrial está en Osaka, en Tokio, en Kyoto... Grandes establecimientos, factorías, almacenes; industrias de todo género de productos electrónicos. Pero su residencia, su auténtico

santuario, está ahí, en ese islote solitario e insignificante. En el pasado, se dice que los pescadores japoneses podían extraer en sus arrecifes gigantescas ostras perlíferas, en cuyo interior se hallaban piezas de tamaño y belleza increíble. Nunca he sabido si ello fue cierto o simple leyenda. Este es un país eminentemente legendario, señor Cole, donde lo real y lo fantástico nunca se sabe dónde tienen su línea de separación.

—Conozco bien el Japón, señorita Wond —objetó gravemente Cole.

—Perdone. No quise molestarle. Sé que han viajado mucho. Yo sólo conozco mi país, y el Japón. Me encanta el Japón, se lo confieso. Y me gustaría que sus leyendas hubieran sido realidad alguna vez. Respecto a las perlas que dieron nombre a esa isla, hoy en día existen realmente en ella, pero... son cultivadas. El señor Fukira mantiene un vivero de ellas, que sus gentes cultivan para la venta, siendo para ellos todos sus beneficios posibles.

—Generosidad del señor feudal —comentó Cole, sarcástico—, ¿Tiene muchos siervos y vasallos?

—Aunque lo diga en broma, le aseguro que sí los tiene. Pero no son muchos, porque la isla es pequeña. Un pueblecito de pescadores y cultivadores de perlas, con no más de cincuenta habitantes, es todo su dominio Luego, está el castillo...

— ¿El castillo...?

—Es un auténtico castillo, sí, aunque en realidad lo que hizo fue edificar uno nuevo y moderno sobre las ruinas del antiguo, que perteneciera a los samurais de la familia Fukira. Ahora tiene todas las comodidades de un hogar actual, pero conservando su forma y decoración tradicional. Es como vivir en otros tiempos... pero con aire acondicionado, televisión y frigoríficos con los mejores alimentos de reserva.

—Sí, entiendo. Cambian los recursos, pero no la mentalidad.

—Algo así —admitió Stella, pensativa.

Miró de soslayo a Frank Cole, mientras el avión de línea procedente de San Francisco de California, descendía lentamente, para disponerse a tomar tierra en el aeropuerto de Osaka.

— ¿Le intriga saber lo que el señor Fukira espera de ustedes tres?

—Un poco, sí —admitió secamente Frank. Cruzó su mirada con la de ella—. ¿Usted lo sabe?

—Sí —ella se mordió los labios—. Pero no puedo decir nada. Lo prometí.

—No pretendo romper su promesa. Sólo me gustaría estar seguro de que, realmente, pese a todo cuanto hasta ahora ha sucedido, esa tarea que nos aguarda sea tal y como usted dijo: justa, honesta y digna.

—Eso, señor Cole... se lo aseguro —dijo ella con gesto serio—. Lo es. Si usted cree que es justo que el mal se castigue, encontrará de justicia lo que el señor Fukira espera de usted. A pesar de todo.

— ¡Ojalá sea así! De otro modo, sepa una cosa, que puede decirle en mi nombre a su todopoderoso patrón: no me importará morir, antes que hacer algo indigno.

Y conste que yo no soy un samurai. Pero en algo coincido con Taro Fukira; la muerte, después de todo, no es siempre lo peor que puede ocurrimos.

—No se preocupe. Eso, podrá decírselo usted mismo Apenas lleguemos a la Isla de las Perlas, serán recibidos por el señor Fukira. Está deseando verles allí.

— ¿De veras? —sonrió burlonamente Frank Cole, enarcando las cejas.

Stella Wond enrojeció, sin poder responderle nada. El avión ya enfilaba la amplia recta da la pista de aterrizaje, con un ruido estremecedor de sus reactores.

* * *

La canoa bordeó los arrecifes, levantando oleadas de espuma con la proa alzada sobre las aguas. El motor trepidaba tras ellos, y la pequeña isla, apenas una mancha insignificante desde las alturas, resultó ahora casi gigantesca, al hallarse la embarcación al pie del alto farallón rocoso, cortado a pico sobre el mar, y que protegía el diminuto pueblecito pesquero, donde los pescadores y los cultivadores nativos de perlas compartían su existencia, bajo la protección de su todopoderoso señor, Taro Fukira, amo absoluto del lugar.

La canoa a motor se aproximó a la playa rápidamente, y se detuvo junto a un embarcadero aparentemente desierto. Sólo en apariencia, porque apenas se detuvo la embarcación, de una cabaña inmediata emergieron dos hombres de inquietante aspecto, cuyo negro uniforme resultó familiar a los Dragones de Oro, buenos conocedores del Japón, de sus técnicas de lucha y de sus míticas figuras guerreras.

Eran dos ninjas.

Dos japoneses enfundados en negras y amplias ropas, con caperuza y el rostro medio cubierto, capaces de fundirse en la oscuridad como si formasen parte de ésta. Los ninjas fueron, en su tiempo, los más feroces, despiadados y estoicos guerreros del Japón, contándose de ellos cosas espeluznantes por su valor y temeridad. Además de lucir en la cintura una afilada *katana* o sable curvo, se veía en su ancho cinturón de negro cuero todo un arsenal, compuesto por un *nunchaku,* un *aikuchi,* o cuchillo corto, afiladísimo, un *yawara,* o bastón corto de bronce, pesado y demoledor como un martillo,

además de un *kyotetsu-koge,* o poderoso garfio arrojadizo, para sostener una delgada y resistente cuerda de seda, con la cual escalar los lugares más abruptos.

Los dos ninjas recibieron una contraseña convenida, por parte del conductor de la canoa, y se limitaron a asentir, señalando hacia el sendero que se adentraba entre las rocas y la espesura de la isla, en dirección al castillo.

— ¡En marcha! —indicó Stella, cuya mirada hacia los dos guerreros de negros ropajes fue también de aprensión evidente—. Ya tenemos paso franco al castillo...

En silencio, los tres siguieron a Stella, mientras el conductor de la embarcación volvía a ésta e iniciaba la marcha, alejándose de nuevo de la playa, hacia el mar.

Cole tuvo la extraña impresión, en ese momento, de que se quedaban aislados en aquel lugar, sin posibilidad de regreso a tierra firme. La distancia a la costa de Honshu era considerable desde allí. No se podía cubrir fácilmente a nado, aun suponiendo que se pudiese burlar la vigilancia de los ninjas, cosa bastante improbable, si la eficacia de aquellos hombres corría parejas con la terrorífica fama de sus antecesores.

El camino no fue largo ni fatigoso, como imaginaban los tres jóvenes luchadores, al calcular la distancia y altura a que se hallaba aún el castillo. Apenas salvada la muralla de piedras y vegetación, descubrieron con sorpresa, una especie de estación para transbordador.

De ella partía un cable que iba a morir en una plataforma del castillo. Una cabina teleférica colgaba de ese cable, esperándoles. Era roja como los muros de la residencia feudal. Y ante ella, otro ninja armado montaba guardia, junto a un pequeño pero vigoroso japonés de cráneo rapado y rostro ancho y áspero, que manteníase quieto y silencioso dentro de la cabina, —Suban —dijo Stella, tras dar otra contraseña al ninja—. Todo está a punto.

Frank Cole empezó a admirar los recursos del rico y caprichoso industrial japonés en cuyos dominios se hallaban ahora. Realmente, Taro Fukira era un hombre sorprendente, cuya personalidad iba resultándole más y más interesante por momentos, mientras trataba de olvidar que, por culpa de él, un veneno mortífero y lento se alojaba ahora en su sangre. Un veneno contra el que sólo la química —o la alquimia— del japonés, podía tener efectos salvadores.

En dos o tres ocasiones, durante aquel viaje, Cole había notado unas palpitaciones irregulares y bruscas en el corazón, que pasaron con rapidez. Consultados Kwan *y* Lena, coincidieron con él en los síntomas. Stella Wond les sacó de dudas:

—Yo también las noto. Mi jefe me advirtió. Son síntomas de la

presencia del veneno en la sangre. Pero su poder tóxico está sólo en embrión. Hasta el sexto día no empieza a resultar algo molesto, para ser muy molesto el séptimo día... y causar el colapso final en el octavo. No teman nada. Es aún demasiado pronto para ello...

No era del todo tranquilizador, pero, dadas las circunstancias, era todo lo que esperaban oír. Cole intentó no guardar rencor al cacique de la Isla de las Perlas, por aquella maniobra criminal con la que les obligaba a aceptar una invitación tan misteriosa e inexplicable.

El teleférico se puso en marcha. Colgando sobre el vacío, remontó un paisaje de bellos jardines y frondosos bosquecillos de almendros, escalando las alturas donde se alzaba el majestuoso castillo de nueva factura, alzado sobre viejas ruinas quizá históricas.

Penetraron en la plataforma donde se posó la cabina suavemente, y los viajeros pudieron descender. Un cuarto ninja se movía por ella, y otro asomó tras las almenas, vigilante. Cole estuvo seguro de que cientos de ojos astutos, vigilaban cada movimiento de ellos, sin fiarse en absoluto de ninguno de los recién llegados a la isla

Stella Wond volvió a dar la contraseña, aceptada por el ninja con un seco movimiento de cabeza. Unos taladrantes ojos almendrados escudriñaron a los recién llegados, desde detrás del embozo de la negra indumentaria del guerrero japonés.

Pasaron adelante, abriéndose unas puertas a su paso. Estas se cerraron tras de ellos, silenciosamente. Cole no advirtió la presencia de ningún servidor allí. Recordó lo que dijera Stella, así como la naturaleza de los negocios de Fukira: electrónica. El moderno castillo, dotado de todas las comodidades, poseía circuitos electrónicos para guardar sus accesos o franquearlos ante determinadas personas.

—Es como si empezara a sentirme prisionero, Frank —confesó sordamente Kwan.

—Estamos prisioneros, realmente —corroboró Stella con tono seco —. A partir de ahora, de aquí no sale nadie, absolutamente nadie, sin autorización expresa del propio Taro Fukira. Los circuitos electrónicos serán activados apenas entre el último de los invitados, para cerrar herméticamente toda salida al exterior.

— ¿Y quién es el último de los invitados? —indagó Lena Tiger, desconfiada.

—Cualquiera de nosotros —sonrió la rubia secretaria—. Sólo nos esperaban a nosotros... para clausurar herméticamente todas las salidas, menos una.

— ¿Una salida? —se interesó Kwan—. ¿Adónde?

—A la muerte —fue la enigmática y nada esperanzadora respuesta de Stella Wond.

# CAPÍTULO IV

# INVITADOS DE LA MUERTE

Al fin estaba ante él.

Taro Fukira no le decepcionó. Había esperado algo así. O quizá distinto. Pero con aquella rara, magnética e inquietante personalidad que, sin duda alguna, poseía el magnate de la electrónica japonesa.

—Bien venidos a mí casa, señores —saludó con fría y cortés sonrisa Taro Fukira, yendo al encuentro de los tres invitados—. ¿Puedo estrechar sus manos?

—Si no lleva otro veneno en ellas... —comentó Cole, irónico.

El gigante se echó a reír de buen grado, aunque su rostro aceitunado siguió siendo una máscara inexpresiva, en la que sólo reían su boca y sus oblicuos ojos oscuros.

Porque, realmente, Fukira era gigantesco. Contra todos los tópicos relativos a la raza amarilla, especialmente a los nipones, aquel hombre resultaba de una estatura considerable. Pero, sobre todo, de una humanidad impresionante, dado su gordura musculosa, que recordaba más a un luchador de *Sumo* (1) que a un ser normal. Anchas espaldas, brazos poderosos, caderas amplísimas, rotundas piernas macizas, bajo las ropas tradicionales, formaban una contextura de atleta, capaz de sorprender a cualquiera que esperase ver en los japoneses simplemente a unos individuos pequeños, menudos y frágiles de aspecto. También allí había excepciones y, evidentemente, Taro Fukira era una de ellas.

**(1) Sumo: lucha japonesa para la que los luchadores acostumbran a engordar desmesuradamente, para ser hombres de gran peso. Fue un Arte Marcial, pero ya no lo es.**

Su rostro, ancho y de facciones típicamente japonesas, recordaba más la faz de una máscara del teatro *Noh* o del *Kabuki,* que era una cara normal y humana. Tenía la falta de expresividad de la gente de su raza, aunque sus ojos reflejaban una astucia y agudeza muy poco comunes.

Pese a su corpulencia, se movía con cierta agilidad, y cuando estuvo ante los tres invitados a la fuerza, se inclinó, cortés, tendiendo su mano abierta.

—Comprendo que me guarden rencor —suspiró, apaciblemente— No les culpo por ello, señores. Pues sinceramente, sólo espero que su estancia aquí sea lo más grata posible... a pesar de todo.

Cole, sin rencor, tendió su mano. Estrechó la de Fukira. Sus

compañeros, tras una breve vacilación, hicieron otro tanto.

—Gracias —dijo con sencillez el amo y señor de la Isla de las Perlas—. No olvidaré este detalle suyo, amigos míos.

—Lo que no debe olvidar es el antídoto —le recordó secamente Kwan Shang.

— ¡Oh, sí, el antídoto...! —los ojos almendrados del japonés se clavaron en los también oblicuos del joven chino—. No teman nada. Yo nunca olvido lo que debo hacer. Sobre todo, cuando la vida de los amigos está en juego. Sé que no ha sido honesto mi procedimiento, pero temí que no vinieran, después de todo.

—Quizá no hubiéramos venido —Cole estudió en torno suyo la decoración típicamente japonesa, de la estancia donde Fukira les recibía. Abundaban los tapices, verticales o bien horizontales, con motivos tradicionales, como guerreros, almendros, cimas nevadas y ríos con puentes curvos, así como persianas, cuadros deliciosamente ingenuos, y floreros donde era evidente el arte de las flores, o *ikebana,* una de las expresiones del *Zen.* Tras una pausa, Frank continuó—: Pero ahora estamos aquí, y eso es lo que cuenta. Su estratagema dio resultados. No podía ser de otro modo, señor Fukira. Pero dejando a un lado la escasa rectitud de sus procedimientos, me gustaría ahora saber qué le movió a semejante juego, para conseguir que nosotros tres llegáramos, de un modo u otro, a la Isla de las Perlas, como invitados suyos.

—No son los únicos. En estos momentos, la isla alberga exactamente a ocho invitados.

— ¿Ocho?

—Eso es. Ustedes tres... y otros cinco. Un oriental y cuatro occidentales, uno de ellos casi orientalizado en costumbres y en mentalidad, por su larga estancia en Oriente. Esos otros cinco invitados vinieron por su propia iniciativa. No tenían más remedio que venir. Su bienestar, su fortuna, sus recursos, dependen exclusivamente de mí.

—Eso también es una forma de chantaje, tan censurable como la que ejerce sobre nosotros... pero mucho menos peligrosa.

—No lo crean —sonrió maliciosamente aquella máscara japonesa inescrutable—. Hay seres para quienes la ruina, la pérdida de sus bienes, supone mucho más que la pérdida de sus vidas.

—Sí, es posible. Pero nosotros no somos samurais ni kamikazes, señor Fukira. No nos asusta morir, pero nos gusta vivir.

—Lo imagino. No teman nada. Aquí están a salvo. Ustedes no peligran. Sus vidas serán salvadas antes de cumplirse los ocho días de plazo, estén seguros. Tal vez no hagan falta más de dos o tres días para conseguirlo que busco.

—Y... ¿qué es lo que busca?

—La muerte de uno de mis invitados —declaró fríamente Fukira, mirándoles con fijeza.

Hubo un silencio. Lena y Kwan miraron primero al japonés. Luego a Cole, que parecía profundamente interesado en estudiar la carátula inexpresiva del rostro de Taro Fukira, el gigante japonés.

—Sospechaba ya algo así —confesó Cole, con un suspiro.

—Sí, lo supongo. Ustedes son inteligentes. Me hubieran defraudado, en otro caso. No busco sólo luchadores, sino personas con cerebro. Me enteré de su vida y milagros.

Comprendí que sólo ustedes tres podían ayudarme —Ayudarle... ¿a qué?

—A que esa persona no escape de aquí con vida.

—No nos gusta ser cómplices de ningún homicidio, justificado o no. No hemos dedicado nuestra vida a nada parecido.

—Lo sé. Pero la han dedicado a hacer justicia, ¿no es cierto?

—Muy cierto, sí. ¿Adónde quiere ir a parar con eso? Sus estratagemas no van a servirle de mucho esta vez. Sepa que no nos importará morir, antes que prestarnos a un juego sucio. La vida puede ser un hermoso don, pero vale muy poco cuando se ha de salvar a costa de la indignidad y de la vileza, señor Fukira.

—No esperaba oírle hablar de otro modo, señor Cole —los ojos del japonés brillaron—. Me alegra eso. Dígame, señor Cole, ¿qué haría usted con la persona de quien sabe que es culpable de varios asesinatos?

—Entregarle a la ley.

— ¿Y si no hubiese posibilidad humana de que confesara su delito?

—Buscaría pruebas, evidencias, para lograr que fuese probada su culpa.

— ¿Y si esas evidencias o pruebas no existieran?

—Intentaría, fuese como fuese, que confesara su delito. Incluso recurriendo a la fuerza o a la intimidación, dada la naturaleza del hecho.

— ¿Y si supiera de antemano que ni la más refinada tortura arrancaría a esa persona su confesión, y esos asesinatos quedarían impunes?

—No sé. Lucharía siempre en busca de una forma humana de desenmascararlo.

—No existe esa forma. Se lo aseguro de antemano. Prosiga ¿Qué haría entonces?

—No sé...

—Además, las personas asesinadas serían... su propia esposa... y sus dos hijos, señor Cole —concluyó fríamente la voz de Taro Fukira —. Fueron asesinados fríamente, sin la menor piedad. La esposa,

joven y hermosa. Los hijos... todavía niños, indefensos...

Un silencio tenso reinó en la sala. Kwan Shang se movió, inquieto. Lena Tiger respiró con fuerza. Frank Cole no pestañeó siquiera. No desviaba su mirada de los helados y oscuros ojos centelleantes del gigantesco japonés erguido ante él, y envuelto en la seda azul y oro de un kimono fantástico.

—Es difícil responder a eso —la voz de Cole sonó ronca.

— ¿Por qué, señor Cole? —le apremió el japonés—. Usted no mataría a esa persona, ¿verdad?

—Yo no soy un asesino. Ni un budoka puede vengarse en conciencia. Tenemos un poder que conocemos y controlamos. Está hecho para una pugna noble y justa, o para defendernos nosotros mismos y defender a otros que lo necesitan, no para atacar... aunque sea por venganza.

—Puede no ser venganza en este caso. Sólo justicia.

—La justicia y la venganza se confunden a veces, señor Fukira.

—Pero la impunidad de ese horrible crimen... no sería justa.

—No, no lo es. Hay que seguir luchando. Siempre existe una posibilidad, un resquicio por donde lograr que el culpable se desmorone y confiese...

—Señor Cole, yo no soy un budoka. Yo no me debo a unos principios morales y espirituales como ustedes Yo deseo justicia. 0 quizá venganza, como usted dijo.

— ¿Fue usted quien perdió a esas tres personas, entonces?

—Usted ya se ha dado cuenta de ello, desde el principio —los ojos oscuros se entornaron— No quiero que hagan pagar al culpable, en mi nombre. Eso sería indigno. Lo que quiero es que me ayuden en algo.

— ¿En qué?

—En impedir que el asesino escape.

—Usted tiene aquí una fortaleza inexpugnable. Y ninjas al acecho. Y posiblemente servidores fieles y despiadados. ¿Para qué nos necesita a nosotros en su venganza?

—Para que impidan que yo muera *antes* de morir el asesino. En suma: para proteger mi vida del asesino.

— ¿Necesita esa protección nuestra? ¿No está lo bastante protegido?

—No. No lo estoy. Sospecho que hay algún fallo en el sistema. Alguno de mis servidores pudo ser sobornado. Uno o más de ellos. Es algo más que una sospecha. Estoy seguro de ello. Intentarán matarme, a mí también. En ese caso, sólo en ustedes confío.

— ¿De quién hemos de defenderle?

—De esos posibles traidores que me rodean Y del que les sobornó: el mismo que asesinó a mí esposa y a mis hijos hace diez años.

—Diez años... Eso es mucho tiempo para planear una venganza.

—No pudo ser antes. Ignoraba quién era el culpable Me costó estos diez años investigarlo.

—Y ahora... ¿ya lo sabe?

—No —confesó bruscamente Taro Fukira.

— ¿Entonces...? —los tres miraron, perplejos, a su anfitrión.

—Sólo sé que es *uno* de entre cinco posibles. Tengo cinco sospechosos, pero cuatro son absolutamente inocentes. Y uno es culpable. Ya le diré a su debido tiempo por qué sé esto con absoluta seguridad

— ¿Y esos cinco sospechosos... son sus invitados ahora?

—Eso es. Uno de ellos no debe salir de aquí. Ha de pagar su delito.

—Cuando sepa quién es... ¿le matará? —preguntó Cole, tenso.

—También eso le va a resultar extraño, pero... no —confesó lentamente Fukira.

— ¿No piensa matarle?

—Venga. Les mostraré algo a los tres. Entonces comprenderán mi idea...

Echó a andar hacia el panel del fondo de la estancia. Lo deslizó. Era ligero, como papel. Muros al estilo de las casas tradicionales japonesas. Apareció tras el panel floreado una amplia vidriera, una galería asomada a un patio interior del edificio, de vastas proporciones y elevados muros.

—Miren abajo —les pidió el japonés.

Los tres se asomaron. Sorprendidos, descubrieron un hermoso jardín, con fuentes, setos, almendros, empedrados japoneses, una especie de riachuelo, un bello puente nipón, e incluso una pequeña cascada al fondo, rumorosa y fresca, que iba a caer en el riachuelo. Las paredes del amplio patio ajardinado aparecían cubiertas de frondosas enredaderas.

— ¿Qué es eso? —preguntó Cole.

—Un jardín japonés, ya lo ven. Un jardín muy peculiar, señores... —sonrió enigmáticamente Fukira. Se volvió hacia ellos, con una expresión rara en su rostro inmutable—. ¿Sabe lo que quiero? Que el asesino se meta en ese jardín, a sabiendas de lo que hace. Eso bastará...

—Temo no entender...

—Es muy simple. Se trata de un jardín único en el mundo. Su hermosura es engañosa. Más de cien formas diferentes de muerte existen en él, agazapadas. Desde arañas negras venenosas, hasta púas de tallos de flor impregnadas de tóxico mortal, pasando por agua envenenada, dardos ocultos, que se disparan al pisar ciertos lugares, trampas de muerte de todo género...Quien entre en ese jardín, sabrá positivamente que va a morir. Pisarlo sería un suicidio cierto. ¿Se da

cuenta de lo que pretendo?

—Sí... —Cole paseó por la galería, contemplando, estremecido, aquel bello lugar de muerte—. Uno de sus invitados, desea usted que se vea forzado a ir a ese jardín a elegir una forma de muerte inesperada. En suma, que se suicide. Es una idea muy japonesa, la verdad. Tiene imaginación, fantasía, crueldad... y un absoluto desprecio hacia la vida humana, a la vez que un respeto a la voluntad del hombre de morir por sí mismo, sin que una mano ajena le ejecute.

—Exacto. No negaré a ese criminal el derecho a purgar sus delitos. No necesito poner mi mano vengadora sobre él. Será la justicia de allá abajo la que actúe sobre él.

—Pero usted dijo no saber *quién* de esos cinco es el culpable verdadero. De modo que si envía a uno equivocado allá abajo... habrá cometido un crimen mil veces peor.

—Yo no enviaré a nadie a ese hermoso jardín de muerte, señor Cole —sonrió tristemente Fukira—. El irá por sí mismo, llegado el momento.

— ¿Cómo lo logrará? Si no tiene escrúpulos de conciencia, si no confiesa... ¿cómo se las ingeniará para que se suicide?

—Para eso les hice venir a todos aquí. Eso será asunto mío —suspiró el magnate japonés—. Díganme, ahora, ¿van a quedarse conmigo para protegerme, para impedir que ese asesino sea más astuto y rápido que yo... y termine pagando sus delitos abominables en ese bello jardín mortífero?

Hubo un silencio profundo. Frank Cole jamás se había encontrado ante un dilema mayor en toda su vida. Finalmente, respondió con lentitud, sin comprometerse de un modo total.

—Le protegeremos de cualquier posible riesgo qué se presente, en la medida de nuestras fuerzas. Impediremos que usted sea asesinado, señor Fukira. Es lo único que le garantizo.

—Gracias —suspiró el japonés, poniendo una firme, vigorosa mano en el hombro de Frank Cole—, Es lodo lo que esperaba de ustedes. Todo lo que les pido. El resto, es cosa mía Vengan ahora, por favor. Van a conocer a sus compañeros de alojamiento. Y por supuesto, van a probar los manjares que dispuse en su honor...

## CAPÍTULO V

## ESPEJISMOS

Estaban sentados alrededor de la larga mesa.

Eran los cinco invitados que faltaban en la lista. Los sospechosos del extraño y complejo plan del gran Taro Fukira, amo y señor de la Isla de las Perlas y, en estos momentos, también amo y señor de sus vidas, sin que ellos mismos lo sospecharan quizá.

Se incorporaron al ver aparecer a los tres nuevos invitados, con una sola excepción: la mujer que formaba parte del quinteto, que esperó, acomodada ante la lacada mesa, cómodamente sentada entre los cojines de mil colores que rodeaban el largo mueble repleto de los más variados manjares orientales, muy en especial mariscos y crustáceos, dispuestos en tentadoras fuentes.

—Señores, he aquí a mis últimos invitados, los que faltaban por llegar —anunció firmemente la voz de Taro, en tanto que sonaban en alguna parte los ecos de un gong, replicando metálicamente, como en una ceremonia trascendente.

Los cuatro hombres y la mujer, escudriñaron atentamente a los tres luchadores. Estos, a su vez, cruzaron la mirada con ellos procediendo a examinar aquellos cinco rostros que, al parecer, ocultaban en su apariencia normal la existencia de uno de ellos, uno solo, correspondiente a un asesino despiadado y frío. Tan despiadado y frío al menos, como lo era el propio Fukira en estos momentos, disponiendo las vidas humanas como piezas de ajedrez.

A medida que iba presentándolos, con un ademan cortés y frío, los tres camaradas fijaban sus ojos en la persona señalada, cuyo nombre grababan en su mente de modo indeleble.

—El señor Saka Kyo, un rico industrial de Tokio... —presentó, al hombre de figura menuda, ojos protegidos por gruesas gafas, sonrisa afable y facciones típicas del japonés tradicional. Pilo liso, muy peinado, no más de cincuenta años.

—El señor Marty Nolan —señalaba ahora a un hombre joven, vigoroso, de unos treinta y cinco años, rubio, atlético, de ojos azules y sonrisa cordial en su broncíneo rostro de deportista—. Un caballero rico, socialmente importante en Japón, editor de varias publicaciones técnicas y un gran deportista *amateur...*

—La señorita Helen Wallace —le tocó el turno a la dama, de cabellos oscuros, ojos grises y facciones enérgicas, de mujer emprendedora y segura de sí, un poco varonil de figura, aunque dotada de unos generosos atributos femeninos, muy especialmente en su torso, donde la camisa se abotonaba dificultosamente encima de las prominencias exuberantes de sus grandes y bien moldeados pechos—. Es hija del difunto Jason Wallace, uno de mis socios en las empresas cuando fundé éstas y comenzó mi lucha por crear el imperio industrial que hoy poseo. Una joven tan encantadora como culta e

inteligente, que hoy goza del mismo privilegio que su padre: es socio mío en la cadena de fábricas de televisión en color y magnetófonos.Aquí les presento al señor Jeff Cortland, periodista y escritor de libros de ficción, afincado largo tiempo en nuestro país y cuya mente se reparte un poco entre Oriente y Occidente, por amor a nuestras tierras y costumbres.

Era un hombre de facciones duras, unos cuarenta años, expresión algo huraña, pese a su modo cortés de sonreír, y evidentemente siempre en guardia, como vigilante, como receloso de todo y de todos. Los ojos, curiosamente, tenían un leve aire oblicuo, como si la vida y las aficiones del hombre, tan apegadas ya a Oriente, influyesen de modo decisivo en su físico. Su cabello era corto, a cepillo, ligeramente rojizo, y sus pupilas tenían un frío color verdoso, jaspeado. Vestía elegantemente y su nariz, al situarse de perfil, era como la de un halcón.

—Finalmente, señores, he aquí a Allyson Howard, jefe de publicidad de la empresa Tokio Reclamo, y encargado del lanzamiento de todos mis productos y de las campañas publicitarias de mis empresas. Un hombre de grandes ideas y dinamismo fuera de lo corriente —introdujo al último miembro de la mesa—. Son todos. Ahora, les presentaré a mivez, amigos míos, a estos tres recién llegados a la Isla de las Perlas.

Mientras procedía a ello, Cole y sus amigos examinaban al último del grupo, al publicista Allyson Howard. Era más joven que los demás, quizá con unos treinta años o poco más —con excepción de la mujer, Helen Wallace, que quizá tendría unos veintisiete o veintiocho—, y su figura era baja y algo rechoncha, aunque el rostro resultaba de expresión agradable, facciones suaves y correctas, y una fácil sonrisa, amplia y generosa, que le hacía simpático a primera vista. Llevaba su oscuro cabello algo largo y, al moverse, para dar unos pasos e inclinarse ante los tres, reveló que cojeaba ligeramente, y su pierna izquierda tenía una ostensible rigidez.

Poco más tarde todos se acomodaron en torno a la mesa y mezclándose con vinos occidentales de buena cosecha y excelente *bouquet,* o con el *saké* tradicional, comenzó la degustación de manjares marinos y de carnes exquisitas en deliciosas salsas de la cocina oriental.

El hielo inicial, inevitable, se fue rompiendo lentamente, mientras Cole, Kwan y Lena comenzaban a charlar con los cinco invitados, sin olvidar un solo momento que uno de ellos ya fuese el pequeño y afable japonés de gruesos lentes, Saka Kyo, la opulenta Helen Wallace, la mujer hombruna de grandes senos, el rubio yatlético Marty Nolan, el orientalizado Jeff Cortland, el pelirrojo de verdes ojos, o el fornido y moreno Allyson Howard, el publicista de la pierna rígida, uno

de ellos, en realidad, distaba mucho de ser lo que parecía si es que el anfitrión no estaba equivocado.

Uno de ellos era un asesino.

Pero ¿cuál?

Frank Cole trató de conversar normalmente con todos y cada uno de ellos, en tanto su mente seguía preocupada por muchas cosas: el encierro forzoso en la fortaleza escarlata de la Isla de las Perlas, los temibles y despiadados ninjas que formaban la guardia de alrededor, la posibilidad de la existencia de un traidor entre los hombres de Fukira, el hecho de que ellos tres estuvieran envenenados, y de Fukira y de sus retorcidos planes dependiera su salvación final...

Y el jardín.

Sobre todo, el jardín.

Un lugar fantástico, de una mentalidad oriental que piensa en la muerte como en un rito, en el suicidio como en el único camino del honor y la dignidad, como el principio de otra vida mejor.

Un jardín para suicidas, repleto de las más sutiles y escalofriantes formas de morir, súbita e inesperadamente.

Un jardín que esperaba a un ser humano, a un criminal.

Pero en el que cualquiera podía morir. Cualquiera. Incluso alguien que fuese por completo inocente. El juego siniestro de Fukira, encerraba muchos riesgos para todos. Estaban allí disfrutando de una hospitalidad generosa, saboreando los mejores y más cuidados manjares... pero, en realidad, estaban encerrados con la propia Muerte, en una partida implacable y complicada como sólo un cerebro oriental podía planearla.

— ¿Un poco más de vino, señor Cole?

Miró, con una sonrisa, a quien le invitaba, con la botella del rosado líquido junto a su copa. Asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Sí, por favor, señorita Wallace. Es muy amable —dijo a la mujer de cabellos rubios y ojos penetrantes, que escanció el líquido en su copa.

—Es un placer —respondió ella, sin dejar de mirarle—. Fíe oído hablar mucho de ustedes. De usted en especial, señor Cole.

—Siempre exageran las cosas. —sonrió Frank, evasivo.

—No creo que exagerasen con usted. Es un gran luchador. Un hombre que se ha hecho paladín de la justicia en el mundo. Una hermosa tarea la suya, créame.

—No siempre se puede ayudar a todos. Hay ocasiones en que los seres humanos son víctimas de injusticias, y nadie puede hacer nada por ellos.

—Como sucede ahora, ¿no es cierto? —preguntó, inesperadamente, ella.

Cole la estudió, pensativo, sin comprometerse. Se preguntó qué

sabría ella, y qué pretendía decirle con eso.

—Temo no comprender —suspiró—. Aquí no creo que nadie me necesite...

—Sabe que no dice la verdad. Todos le necesitamos —Helen señaló a su socio, Fukira, y añadió, en voz lo bastante alta para que todos la oyeran—: Creo que sería hora de que nos revelara sus planes y nos dijera por qué nos ha encerrado a todos aquí.

Taro Fukira elevó sus ojos en ella, mientras se hacía un repentino e incómodo silencio en toda la mesa.

—Vaya... —suspiró el japonés, incorporándose ligeramente en su confortable asiento, ante la baja mesa lacada—. Debí imaginar que tú lo sospechabas, mi querida Helen — musitó con voz pesarosa.

—Sospechar ¿el qué, señor Fukira? —saltó con cierto nerviosismo Jeff Cortland, el periodista y escritor de novelas—. ¿Qué sucede aquí, realmente?

—Me parece que ha llegado el momento de decírselo —la mirada de Fukira a su socio femenino encerraba un cierto reproche ostensible —. Pensaba hacerlo a los postres, pero ya que la señorita Wallace se me anticipó con sus sospechas, será mejor hacerlo ahora.

—Sospechas, ¿sobre qué? —el tono de voz, aguda y brusca, que utilizó Allyson Howard, el publicista, para hablar, reveló un cierto nerviosismo en él.

—Sobre lo que he planeado al reunirles a todos aquí en mi castillo de la Isla de las Perlas —les miró uno a uno, con tal frialdad que casi todos sintieron aumentar su inquietud Cole se dijo que, por lo menos, uno de ellos tenía que notar aún *más* inquietud ante aquella mirada—. Uno de ustedes, amigos míos, debería elegir entre una muerte digna y honrada, que borrara sus culpas y la enalteciesen, o morir como una rata, acosado por los remordimientos y por mi venganza.

— ¿Qué pretende decirnos, señor Fukira? —era el joven Marty Nolan, el rubio atleta de cabellos rubios y ojos azules, quien hablaba ahora, con aparente serenidad y entereza—. Sus palabras suenan muy extrañas, la verdad...

—Tienen que ser forzosamente extrañas. Como mis actos. Como todo lo que aquí ha empezado a suceder desde el mismo instante en que ustedes cruzaron las puertas y se aposentaron en mi mansión. A partir de ahí, la vida de uno de ustedes me pertenece, total y absolutamente.

— ¿Eso tiene algún sentido? —protestó, sin inmutarse, el pequeño Saka Kyo, el japonés con los ojos inexpresivos tras sus gruesas gafas.

—Lo tiene, señor Kyo. Y mucho, aunque para cuatro de ustedes pueda ser oscuro y absurdo. Para uno de los cinco, sin embargo, es tremendamente claro Sabe que he descubierto su triple crimen. Sabe que ahora *sé* que uno de ustedes cinco mató a mí esposa y a mis dos

hijos, hace diez años. Y que tiene que pagar. Que pagará, porque ya jamás va a salir de aquí. Un hermoso jardín, ese que ustedes han visto antes, en el centro de este castillo, espera a su huésped. Un jardín donde sólo reina la muerte. Donde quien penetre, jamás saldrá ya con vida... porque cada arbusto, cada rincón, es una forma de suicidarse, de alcanzar una muerte cierta y rápida.

Hubo primero un profundo silencio. Luego, un murmullo de incertidumbre y temor, que fue creciendo. Se miraban todos entre sí, realmente aterrados, empezando a intuir lo que allí sucedía.

—Ahora, ya lo saben —suspiró Fukira, poniéndose en pie—. Creo que la comida ha terminado, a menos que ustedes deseen tomar café ahora, cosa que dudo. Si desean hacerme preguntas, responderé complacido. Pero sepan algo de antemano: el intento de fuga de cualquiera de ustedes, significará ser muerto por mis ninjas de servicio. Atacarme a mí es inútil, porque, quien lo hiciera, firmaría su sentencia de muerte inmediata. El asesino debe reflexionar. Sé que es uno de ustedes, pero no *quién.* Es tarea suya delatarse a sí mismo, confesar su crimen... o morir dignamente, con honor. Eso es todo.

Y abandonó la estancia con paso altivo, dejando a sus ocho comensales a solas con el servicio, frente a la mesa, repentinamente fría y desolada.

* * *

La cinta magnetofónica con la voz de Taro Fukira terminó de sonar en los amplificadores distribuidos por la sala de recreo y lectura.

Ocho personas escucharon la voz del magnate. Ocho personas que se contemplaron entre sí, una vez terminado el monólogo grabado por el poderoso japonés. A través de él, habían sabido, al fin, la verdad. Toda la verdad. Las sospechas, las ideas, el plan siniestro y dramático de Fukira para descubrir al que asesinó a su familia tiempo atrás.

Y ahora llegaba el momento de la excitación, de las dudas, de los temores y los recelos. Y también de la indignación general.

— ¿Ha oído eso, señor Cole? —preguntó, serenamente, Jeff Cortland, el escritor—. ¿Cree que es justo encerrarnos aquí, sin saber siquiera quién cometió aquellos crímenes, para intentar castigar, quizá, a un inocente?

—Sé lo que van a decirme, porque todo ello se lo expuse ya a nuestro anfitrión —Cole meneó la cabeza, con gesto sombrío—. Es totalmente inútil discutirlo. Es un hombre de ideas fijas. No va a volverse atrás, ocurra lo que ocurra.

—Lo sé —afirmó Helen Wallace enfáticamente, caminando hacia él. Además de poseer unos generosos senos, Frank observó que

también tenía unas acentuadas caderas y unos muslos recios y firmes, a los que se ceñía el pantalón tejano, que también remarcaba ostensiblemente las curvas de su trasero—. Conozco bien a mí socio. Estoy segura que no cejará hasta encontrar un culpable. Lo peor es que en su fanatismo, en su obsesión por vengar a su esposa e hijos, puede llegar a matar a un inocente, y creer que hizo justicia.

—Creo que lo más sensato sería que el culpable confesara —dijo Cole con un suspiro, mirando a los cinco invitados de Fukira—. Pero imagino que él no estará de acuerdo conmigo.

—El... o *ella* —rectificó fríamente Allyson Howard, dando unos pasos por la sala, con su cojera liviana más ostensible ahora—. Ese asesino podría ser la señorita

Wallace, recuérdelo, y no necesariamente un hombre. Por algo ella está aquí, ahora, con todos nosotros.

—Cierto —admitió ella con sequedad, clavando sus ojos agresivos en el publicista—. Nadie lo ha olvidado, creo. Ni siquiera yo.

Siguió un silencio molesto. Frank Cole se apartó, reuniéndose con Lena y Kwan. Los tres luchadores se miraron en silencio. Kwan aventuró un comentario:

—Ellos pueden tener razón, Frank. Tal vez ninguno de los tipos sea culpable. Todo esto es caprichoso, arbitrario. Fukira no nos ha dado razón alguna para justificar sus actos, ni las razones en que se basa para sospechar precisamente de esos cinco.

—Evidentemente, ha de tener sus razones, o esto sería un acto monstruoso —señaló Lena, pensativa.

—Usted tiene razón, señorita Tiger —se volvieron ellos, sorprendidos. El alto, atlético y arrogante joven de rubios cabellos y ojos azules, estaba a su lado, y parecía haber escuchado sus palabras. Tras un movimiento de cabeza, añadió—: Perdonen. No pude evitar escucharles y debo darle la razón a la señorita. Fukira podrá ser un obsesionado, un hombre cruel e implacable en sus decisiones, pero sabe lo que hace en este caso.

— ¿Lo sabe, realmente? —dudó Kwan Shang.

—Puede estar seguro que sí —suspiró el rubio Marty Nolan—. Uno de los que estamos aquí mató a su bella esposa y a los niños, de eso no hay duda.

—Me gustaría conocer esa parte de la historia. Fukira no ha sido muy explícito en ese punto —señaló Cole secamente.

—Es natural. Le duele hablar de ello. Aún sufre. Los orientales son unas personas de especial mentalidad, usted lo sabe. Para ellos, el tiempo no pasa. Nunca tienen prisa. Lo importante es hacer lo que planearon. Sea cuando sea. Para Taro Fukira, amo y señor de tantas cosas, ha llegado su momento, y él lo sabe. No cejará hasta ver morir al asesino, confeso y convicto. Sólo eso le calmará, aunque ya nunca

sea feliz.

—Le entiendo, Nolan —afirmó Cole—. Pero desconozco la historia del crimen... y las razones que él tuvo para sospechar de uno de ustedes cinco, precisamente

—Se lo explicaré en pocas palabras —sonrió el atleta—, Yo...

En ese momento, algo interrumpió sus palabras. Sonó un grito agudo. Todos se volvieron hacia un ventanal asomado al exterior. Alguien lo había abierto y se disponía a salir del recinto a través de ella, hacia las grandes masas rocosas que rodeaban el castillo escarlata.

Apenas lo hubo intentado, algo de acero silbó en el aire, hincándose en la madera del dintel, no lejos del rostro del que pretendía huir. Se quedó allí clavado, vibrando amenazador.

Era un *Tetsu-Bishi.* Una especie de estrella de púas de afilado acero. Un arma arrojadiza que se utilizaba habitualmente en las Artes Marciales, y que manejada por una mano experta, podía convertirse en un eficaz y silencioso instrumento de muerte.

El que intentaba abandonar el recinto, se apresuró a regresar a su interior, muy pálido, jurando entre dientes y cerrando las vidrieras con rapidez Afuera, la negra y cauta sombra de un ninja se hundió entre los peñascos. Cole estuvo seguro de que aquel guerrero silencioso y temible, era el que había obligado al otro a retroceder en sus intentos.

— ¿Qué pretendía, Cortland? —preguntó, con seque dad, el japonés Saka Kyo, limpiándose los recios vidrios de sus lentes con un paño de gamuza que extrajo de su bolsillo.

—Escapar —replicó agriamente Jeff Cortland, enjugándose el sudor. El pelirrojo novelista soltó una imprecación colérica—. ¿No querrán ustedes salir de aquí de una maldita vez? ¿Por qué me miran así? ¡Yo no soy culpable de nada!

—Está bien, no tiene que excusarse, Cortland —sonrió Helen Wallace—, En realidad, usted tiene razón.

Todos deseamos salir de aquí cuanto antes. Pero no entra en el juego de mi socio.

Todos callaron, empezando a comprender que Taro Fukira había planeado algo tan perfecto como terrible. No había salida de allí. Ninguna. Tenían que esperar, hasta que alguien, rotos sus nervios, confesara ser culpable. Pero tal vez ese momento no llegara a producirse.

Y, mientras tanto, los Dragones de Oro sentían pesar sobre ellos la espada de Damocles de la muerte, en forma de veneno inoculado en su sangre. ¿Qué sucedería si, pese a todo, el plan de Fukira fracasaba?

* * *

—Ahora ya saben lo que le sucederá a quien intente abandonar el castillo —dijo el japonés, fríamente—. La muerte espera fuera. Una muerte violenta e infamante para quien la busque, porque será la muerte del cobarde que trata de huir de sí mismo y de sus culpas. Dentro, en el jardín, está, en cambio, la posibilidad de morir igualmente. Pero morir con dignidad. Saber ser digno de respeto.

Era la hora de la cena. Un gong había sonado poco antes, llamando a todos a la mesa nuevamente Sólo que la cena iba a ser mucho más sombría y amarga que la comida. Fukira no parecía especialmente preocupado por ello. Sus ojos se habían fijado con especial interés en Jeff Cortland, el novelista, el único que intentó evadirse. Pero, aunque sin duda conocía el hecho, no lo mencionó en absoluto.

—Imagine que el criminal resiste la prueba —dijo, de repente, Lena Tiger—. ¿Qué sucedería entonces, señor Fukira?

—No sucederá. El asesino terminará confesando.

—Lena tiene razón —apoyó Cole, ceñudo—. ¿Y si no lo hace?

—Sé a lo que se refieren —les miró fijamente—. Temen por sus vidas, ¿no es cierto? Los tres saben que el veneno tiene un plazo, y pasado éste no hay antídoto capaz de salvarles. Pero no piensen sólo en sí mismos. Sepan que, en la comida de hoy, también mis otros cinco invitados...*han sido envenenados ya.*

— ¿Qué...? —rugió ásperamente Allyson Howard—. ¿Qué es lo que ha dicho usted?

—Lo que ha oído, mi querido amigo —sonrió Fukira al publicista—. No sólo mis especiales invitados, los Dragones de Oro, sino ustedes, *todos* ustedes, poseen ya el veneno en sus venas. Durante ocho días tendrán ese veneno circulando por su cuerpo, hasta matar, si antes no se les aplica el antídoto. Es decir: todos morirán si el asesino no confiesa. Tarea suya, por lo tanto, es buscarlo, indagar quién es, acorralarle, obligarle a confesar para que pueda recibir el antídoto... y ustedes también el suyo.

— ¡Eso es una monstruosidad! —protestó el japonés Kyo, con tono de indignación—. ¡No puede condenarnos a todos a morir, sólo para satisfacer su deseo de venganza! ¡Es un crimen masivo, mil veces peor que el que causó la muerte de su familia!

—Ahora sé que lucharán por sus vidas —sonrió fríamente el magnate—. Y que procurarán que el asesino sea descubierto. Respecto a la moral de mi actitud... es sólo cosa mía, por el momento. Si fracaso, moriré con ustedes, descendiendo a ese jardín donde hallaré también la muerte. Y que los dioses nos juzguen a todos, entonces.

Era una posibilidad alucinante. Cole ignoraba si llegaría a tal extremo, pero dado el carácter y mentalidad de Fukira, todo era

posible.

Los rostros habían perdido color. Ya muchos no sentían ni siquiera apetito. La cena iba a ser un fracaso total.

—Creo que el señor Fukira hará lo que dice —anunció fríamente Frank a los demás—. Es más sensato que hagamos lo que sugirió. Busquemos entre todos al asesino Tratemos de que confiese, para salvarnos. Es nuestra tarea, a partir de ahora. Siete personas contra una sola, de la que ni siquiera sabemos la identidad, y que posiblemente fingirá ayudarnos, tratando de ganar tiempo. Al menos, hasta que vaya comprendiendo que todo es inútil y que, sin su vida, Taro Fukira no se dará por satisfecho y su impunidad significará la muerte de todos, incluida la suya propia.

—El señor Cole ha expuesto magistralmente la situación —dijo el amo de la isla—. Ahora, resuelvan ustedes. Y recuerden. Mi muerte puede condenarles a un final irremisible, de modo que ésa no será solución para...

En ese momento, todas las luces del amplio comedor decorado al estilo japonés se apagaron. La oscuridad total les envolvió.

— ¡Cuidado! —silabeó Cole, dirigiéndose a sus compañeros—. Algo sucede...

En ese momento, hubo un leve grito de alguien, quizá por el terror repentino que producía la ausencia de luz. Luego, una claridad rojiza inundó una parte de la sala. La figura de Fukira fue visible, rodeado por esa luz espectral, así como las siluetas de sus sobrecogidos invitados.

La llegada de la claridad coincidió con el ataque. Una sombra emergió del resto de las tinieblas. Cayó junto a la figura del magnate japonés. Y de su mano brotó algo, un arma centelleante, que voló hacia Fukira.

Cole no llegó a tiempo de evitarlo, pese a que se lanzó rápidamente sobre el agresor. Cuando logró darle alcance y aferrar sus tobillos derribándole, ya era tarde.

Un arma afilada volaba hacia la garganta de Fukira. Y la alcanzó irremediablemente, mientras Cole, con una hábil *kata,* no sólo impedía que el agresor se incorporara, sino que lograba reducirle más aún, reteniéndole bajo su cuerpo, con la amenaza de su mano abierta, a guisa de cuchillo, sobre la nuca.

Todos esperaron por un instante, que el machete, un

*Aikuchi* de puntiaguda hoja, atravesase limpiamente el cuello del rígido y sorprendido Fukira, en aquel ataque criminal imprevisible.

Sin embargo...

Sin embargo, la figura de Taro Fukira se hizo añicos, apenas llegó el arma blanca a su destino, desmoronándose, en medio de un estrépito de vidrios rotos, el cuerpo y rostro del magnate.

El aprisionado traidor emitió un grito ronco de ira, forcejeando en vano con el budoka, para evadirse, al comprender que había lanzado su arma mortal contra un simple espejo.

La luz se hizo más intensa en la sala... y Taro Fukira apareció en el ángulo opuesto del comedor, totalmente ileso, sonriendo fríamente. Al otro lado, un espejo surgido del muro mostraba los vidrios destrozados donde golpeara el arma.

—La traición ya hizo acto de presencia —sentenció Fukira, glacialmente—. Pero ellos ignoran que yo tengo mis propios recursos para evitar sus ataques...

Hizo una señal, y dos ninjas asomaron en las puertas del comedor, dirigiéndose a donde Cole retenía a su víctima sin permitirle moverse. El budoka miró a su adversario, descubriendo que era uno de los sirvientes silenciosos y afables del castellano de la Isla de las Perlas.

—Es una traición estúpida —señaló Cole, secamente—. Matarle a usted significa la muerte para todos, incluido el asesino.

—Pero eso él no lo sabía cuando sobornó a algunos de mis sirvientes —declaró con frialdad Fukira—. Ahora, impediré que comunique con sus subordinados y tendrá que esperar impotente, a que los traidores que él mismo preparó, me ejecuten en algún momento, aunque eso señale su propio fin inexorable...

— ¡No, no puede hacer eso! —clamó una voz de entre los invitados —, ¡Eso no es justo! ¡Permita que el asesino trate con ellos, que les advierta de su posible error...!

—Habla usted tan enfáticamente, mi querido Howard, que parece el culpable en persona... —murmuró roncamente Helen Wallace—. Me temo que ya nadie pueda hacer nada por evitar lo inevitable. Este es un juego de muerte en el que estamos todos involucrados, y ni sus demandas, ni las de ningún otro, espero que sean eficaces para persuadir a Fukira para que obre de otro modo.

Siguió un profundo silencio. Los dos ninjas, enlutados y silenciosos, llegaron junto a Frank Cole. Le pidieron con un gesto que soltara al agresor, para hacerse ellos cargo del mismo, conforme a las órdenes recibidas de su patrón.

Cole miró al caído. Se incorporó. Señaló el rostro crispado, los ojos vidriosos, la boca convulsa y espumeante del hombre del *aikuchi.*

—Creo que no es necesario que hagan nada con él —dijo, seco—. Está muerto. Creo que se mató apenas se vio vencido...

# CAPÍTULO VI

# CERCO MORTAL

—Muerto... ¿Cómo ocurrió, Frank?

Cole cambió una mirada preocupada con Lena Tiger.

—Veneno. Una cápsula en la boca. Apenas se vio en tierra, inmóvil, recurrió a ello. No quería ser cogido vivo. Era un japonés. El suicidio no significaba nada deshonroso ni temible para él; ya conoces su mentalidad...

—Pero, Frank, eso significa que son suicidas... Asesinos *kamikazes...*

—Lo son. Lo que ignoramos es si hay más. Seguramente los haya. El asesino tomó sus precauciones antes de venir No podía imaginar que la muerte de Taro Fukira sería su propia muerte. Y ahora es tarde para rectificar. Los traidores suicidas están ya adiestrados. Si impiden que el criminal se trate con ellos, como seguramente lo impedirá Fukira a toda costa, el juego se vuelve contra nuestro incógnito asesino.

—Es una situación enloquecedora, Frank.

—Delirante —suspiró Cole, asintiendo con la cabeza. Miró en torno, a la sala de lectura, donde se hallaban aún algunos invitados, leyendo libros o periódicos. Nadie había querido ver la televisión ni escuchar música. Los ánimos no estaban para ello. Tras un silencio, Cole añadió secamente—: Creo que es mejor retirarse a descansar. Y pensar un poco... relajar los nervios, serenarse, en una palabra...

—Estoy serena, Frank —ella apretó su mano con calor, mirándole a los ojos.

—Yo también —asintió Cole—, pero prefiero salir un poco de este cerco de tensión y angustia. Será lo mejor. Mañana tal vez veamos las cosas más claras.

— ¿Tú crees? —dudó ella.

—Al menos, confiemos en ello —sonrió Frank, suavemente, oprimiendo sus manos con calor—. Buenas noches, Lena. Si algo necesitas, ya sabes cuál es mi habitación. Contigua a la de Kwan...

Ella asintió, mirándole fijamente. Cole se alejó hacia el corredor que conducía a las habitaciones del castillo.

Se quedaron en la sala Lena Tiger, Kwan y dos de los invitados,

Marty Nolan y Allyson Howard, Frank entró en su dormitorio y cerró la puerta. Se encendieron automáticamente las luces, por medio de un sistema electrónico. Eran suaves lámparas japonesas, que daban una claridad tamizada y amable al dormitorio de estilo también oriental.

—Bien venido, Frank Cole... —musitó Una voz.

Y Frank descubrió entonces a la mujer tendida en el lecho.

* * *

— ¿Qué hace usted aquí, señorita Wallace? ¿Qué significa esto?

— ¿Y lo pregunta? —rio suavemente Helen Wallace, al desnudo sus grandes senos rotundos, expectante, como impaciente por algo que parecía saber que terminaría por suceder allí, ahora mismo—. Creo que es bien claro todo, ¿no?

—Parece que sí —admitió Frank, caminando hacia ella—. Pero no entiendo sus razones.

—Son bien concretas. Siempre me gustó Frank Cole, uno de los mejores budokas del mundo, y un guapo actor en sus tiempos cinematográficos. Conservo fotografías suyas. Siempre deseé conocerle, tenerle cerca... Cuando lo he visto aquí, me ha gustado todavía más. Pero no dije nada. Preferí entrar aquí, esperarle... Esperarte, ¿entiendes, Frank? Esperarte...

Cole estaba junto al lecho, algo perplejo por la situación. Antes de que pudiera reaccionar, los brazos de ella se extendían, le rodeaban, y una boca succionante buscaba la suya, fundiéndose ambas en un beso húmedo y candente.

—Frank... —susurró junto a su oído—. Mi vida...

Helen Wallace, la femenina socio de Fukira, podía parecer hombruna, pero no lo era. Y envolvió a Frank en su red. El hombre cedió a las presiones de la hembra. Y sus cuerpos se fundieron poco después; en un contacto profundo e íntimo, que hizo estallar en gemidos de gozo a la opulenta mujer, sobre cuyos encantos se hundía la cabeza del rubio budoka americano.

—Eres maravilloso —susurró ella, mientras saboreaba el cigarrillo, con fruición envuelta en las sábanas del lecho, que se amoldaban a sus rotundas formas, marcándolas agresivamente—. Mucho más de cuanto imaginé, Frank. Llegué a temer que los luchadores fueseis hombres incapaces de sentir deseos...

—Sólo somos hombres —sonrió Frank a su lado, acariciando los desnudos hombros de la mujer—. No tomamos nunca nada por la fuerza. Pero si se nos ofrece un hermoso fruto, ¿quién puede despreciarlo? Eso no altera ninguna norma de honor y de nobleza. Ahora, dime una cosa, Helen, ¿qué sucedió, realmente, con la muerte de la familia de tu socio? ¿Cómo pudo llegar él a sospechar de ti y de

los otros cuatro?

—Es fácil —suspiró ella, la mirada perdida en el vacío, mientras volvía a besar suavemente el torso de Cole—. En aquella época, la muerte de la familia Fukira causó un gran impacto emocional en todo el mundo. Fue un crimen cruel y cobarde. La persona que los sacrificó a todos, utilizó para ello una espada de samurai que Taro Fukira guardaba en su museo privado. Un museo al que pocas personas tenían acceso, porque estaba celosamente guardado. Yo poseía un juego de llaves, porque cuidaba a veces del museo y de su limpieza, por indicación de él. Más tarde, supimos que también tenía acceso al mismo Allyson Howard, como publicista, porque utilizó en dos ocasiones motivos ornamentales del propio museo para sus campañas publicitarias de los productos electrónicos Fukira.

— ¿Y los otros tres?

—Saka Kyo es un industrial, competidor antes y asociado ahora, a las cadenas Fukira. Fue la última persona en visitar el museo, y sé que permaneció en él un tiempo a solas, mientras Taro se ausentaba por motivos de negocios apremiantes, atendiendo una llamada telefónica. Pudo robar el sable del samurai, ocultándolo entre sus ropas fácilmente.

—Hasta ahora, todo tiene cierta lógica. Falta el escritor. Y el editor Marty Nolan, ese joven deportista... ¿Qué tienen ellos que ver con el museo?

—Acaba de dar usted con la respuesta sin darse cuenta: escritor y editor, respectivamente. Ambos, con motivo de un libro sobre la vida y obra de Taro Fukira y del pasado histórico de su familia, estuvieron en el museo dos días antes del triple crimen, haciendo unas filmaciones para ilustrar el volumen, con asesoría de Nolan, como editor, y de Cortland, como autor de la biografía e historia de los Fukira.

—Perfecto todo. Las sospechas parecen ir bien encaminadas, si sólo vosotros cinco fuisteis los que tuvisteis la posibilidad material.

—Así es. He procedido por minuciosa y lenta eliminación. No quedamos más que nosotros cinco, está demostrado. Hubo más visitantes, pero existen evidencias de que ese sable estaba allí, sin haber sido tocado. La mejor prueba son las fotografías de Nolan. A partir de ahí, nadie asegura haber visto la espada del samurai.

— ¿Y fue esa espada, sin duda alguna, la que...?

—Lo fue, sí. Se halló ensangrentada, junto a los cuerpos de las víctimas. Se probó que nadie pudo robarla de otra forma, porque los circuitos de alarma y seguridad funcionaban correctamente, y nadie pudo alterarlos.

—Por ese lado, parece razonable la sospecha. Pero, ¿y los motivos?

— ¡Ah, los motivos...! —Helen Wallace movió la cabeza tristemente

—. Los eternos motivos del ser humano para matar: la codicia, la ambición...

— ¿Codicia? ¿De qué?

—La señora Fukira, una japonesita de gran belleza, llevaba consigo una joya de incalculable valor, que su esposo le había regalado. La joya poseía dos gemas de valor inmenso; dos diamantes que simbolizaban el nacimiento de cada uno de los hijos montados en platino, esmeraldas y perlas legítimas, diez de ellas negras, rarísimas. Rara vez llevaba esa joya encima, pero ese día la llevó para asistir a un ceremonial religioso donde sus hijos serían bendecidos por los monjes budistas. Camino de la pagoda fue asaltada. Los niños debieron ver al culpable... y éste mató a las criaturas también, robando la rara joya, que nunca más ha aparecido, imaginándose todos que, o bien fue desmontada y vendida en Europa o en Estados Unidos por piezas, o alguien la conserva consigo, celosamente, como premio de un triple crimen abominable.

—Ahora entiendo la historia completa... —suspiró Frank, pensativo —. Gracias, Helen...

— ¿Gracias? —musitó ella, empezando a reptar, para situarse sobre él—. No me las des, querido... y vuelve a hacerme feliz...

Frank Cole no tuvo más remedio que cumplir la anhelante petición de la ardiente mujer.

* * *

El sueño fue más profundo de lo previsible, dadas las dificultades y problemas existentes, que incidían sobre los pensamientos de Cole, dificultando su reposo. No obstante, el escarceo amoroso con Helen Wallace rindió luego su tributo de fatiga y pudo dormir tranquila y reparadoramente.

Quizá por ello, el súbito despertar le sorprendió más aún Sin motivo aparente, los ojos de Frank Cole se abrieron en la oscuridad. Trató de saber por qué sin mover su cuerpo lo más mínimo, en una tensa quietud que parecía dictarle un sexto sentido ajeno a su voluntad.

De súbito notó el leve y viscoso roce en su brazo. Se estremeció ligeramente. Algo parecido a un hormigueo, reptaba por ese brazo, lentamente, en dirección a su hombro.

Su rigidez aumentó de grado. Tenso, esperó, empezando a notar un frío sudor en su frente y manos. Trató de identificar aquel movimiento sutil sobre su epidermis. No le gustó lo que pensaba.

El roce en movimiento, la marcha lenta y pegajosa de aquella cosa en su brazo, parecía ser producido por... unas patas. Unas patas finas, ligeras, pausadas...

La idea de un insecto sobre su piel, respondiendo al tamaño que

lógicamente debía tener para producirle aquel roce, le aterró. Pero no movió un sólo músculo, aún.

¿Un alacrán? No. Las patas parecían más delgadas, más distanciadas entre sí...

No había prácticamente luz, pero sus ojos se habían habituado a la oscuridad. Y algo, quizá un reflejo del corredor, penetraba por la rendija, bajo la puerta, llegando a sus pupilas, permitiéndole, por lo menos, captar bultos de cierta naturaleza. Miró de soslayo a su brazo extendido sobre el embozo donde antes compartiera con él aquel lecho la complaciente y ardorosa Helen.

Se le erizó el cabello en la nuca. La forma velluda y grande, reptando inexorable hacia su cuello y rostro, era inconfundible, aun a tan escasísima luz.

¡Una tarántula!

Quizá una gran araña venenosa, capaz de fulminarle en un instante, con su mordedura...

Angustiado, pero siempre sereno, dueño de sí, con la lucidez que el dominio de sus disciplinas marciales inculcara a su mente en los momentos difíciles, Frank Cole tomó su súbita y suicida decisión. No podía ser de otro modo.

Rápido, disparó su mano derecha hacia el arácnido. Sabía que el menor fallo sería funesto para él. Puso en aquel movimiento de su brazo toda la fuerza, precisión y seguridad que utilizaría en un simple golpe *Nuki-Té,* o impacto dado con la punta de los dedos, parecido al que daría el extremo de un sable, con la mano en posición *Shuto* o sable.

Ese golpe brusco, seco, preciso, dado sobre el cuerpo velludo de la araña, lanzó a ésta como un proyectil, arrancándola de su brazo sin que llegase a disponer de tiempo ni ocasión para morderle.

Oyó el choque blando del cuerpo peludo en la pared, saltó ágilmente, dando la luz y cuando la tarántula venenosa, negra y lustrosa como un diminuto monstruo —no tan diminuto en realidad, puesto que abultaba como su propia mano cerrada—, intentaba meterse rápida bajo los muebles, el pie descalzo de Frank martilleó en seco, ásperamente, como si el arácnido fuese un ser humano, en *Ashi-Waza,* o impacto con el pie.

La *kata* usada fue la de *Kéri-Komi* o golpe plano, vertical, descargado con toda la planta del pie. Ello provocó la trituración inmediata de la araña, que quedó aplastada sin remedio sobre el pavimento. Frank Cole se inclinó, examinando el cuerpo triturado e inerte, cuyas patas velludas se agitaban todavía débilmente, en la agonía.

No cabía duda de que se trataba de un ejemplar altamente venenoso, una especie de tarántula negra, de una especie oriental

bastante rara, que Frank había visto ya en ocasiones, aunque nunca tuvo el dudoso honor de sentir su viscoso contacto con su propia piel.

— ¿Quién pudo introducirla aquí? —murmuró para sí, perplejo—. ¿Acaso fue la propia Helen Wallace quien, con el pretexto de hacer el amor...? Pero en tal caso ¿por qué, con qué finalidad buscaría mi muerte?

No encontró respuesta alguna Ni tuvo tiempo para ello tampoco. Súbitamente, en alguna parte de la fortaleza, sonó un agudo grito femenino de terror.

Un grito cuya tonalidad y voz le resultó a Frank tremendamente familiar. Una mujer que no podía ser otra que...

— ¡Lena! —rugió, precipitándose hacia la puerta—. ¡Lena Tiger! ¡Es ella...!

Saltó al corredor. Corrió a la puerta de la alcoba que sabía ocupada por ella. Se detuvo en seco, sobresaltado. La puerta estaba sólo entreabierta. Una mirada al interior, le reveló la ausencia absoluta de su ocupante. El lecho estaba revuelto, pero vacío. De Lena, ni el menor rastro.

La ventana estaba abierta. Cole corrió a ella, se asomó sobre un acantilado rocoso que se hundía en la oscuridad. En una especie de plataforma pedregosa, yacía un cuerpo inmóvil, de negras ropas, tendido boca abajo, sobre un charco de sangre.

Era un ninja al servicio de Fukira. Alguien había matado al guardián, haciendo desaparecer a Lena de algún modo.

Los traidores al servicio del asesino, habían actuado de nuevo. Y esta vez, con éxito completo.

# CAPÍTULO VII

—No puedo comprenderlo. No aparece.

— ¡No aparece! —se exaltó Kwan Shang, rompiendo su habitual impasibilidad—. ¿Y ésa es su famosa seguridad personal, la de todos nosotros, señor Fukira?

—Lo siento —el magnate desvió la mirada de sus ojos almendrados—. No tiene explicación. Un ninja mío ha muerto. El raptor se llevó a su amiga. Y no hemos logrado encontrarla, pese a cuanto hicimos. De veras lo lamento mucho, pero no hay rastro de su actual paradero.

—Estamos en una isla de dos millas cuadradas escasas —replicó fríamente Cole—. No trato de excitarme como mi amigo. Pero esto demuestra que usted no controla va la situación en la isla, señor Fukira.

—Tal vez sea cierto lo que usted dice —silabeó Fukira—. Estoy intentándolo todo. Pero aún no hay resultados. Es todo, señor Cole.

—No, no es todo —replicó fríamente Cole—. No me convence eso. Si ella no aparece, ¿quién le administrará el antídoto, llegado el momento?

—No se preocupe por eso. Faltan siete días. Aparecerá, no lo dude.

—Así lo espero. Siete días transcurren a veces muy deprisa. No quisiera que Lena Tiger muriese por su culpa, señor Fukira. Conozco su poder, pero iba a ser muy escaso para frenarme a mí.

— ¿Por qué habla así? Un budoka no puede hablar de venganza...

—No mencioné esa palabra en ningún momento. Pero no dudaría en denunciarle por asesinato... si vivo para ello. Si no, esté seguro de que habrá un modo de que usted pague sus propias culpas.

—No se esfuerce —sonrió tristemente Fukira, mirándole largamente, antes de salir de la estancia—. Yo también pagaré, llegado el caso. Si dentro de siete días no se ha resuelto el caso y no ha aparecido el asesino... yo también moriré. Mis ninjas tienen orden de ejecutarme en ese caso. Una orden que no pueden eludir en modo alguno.

— ¿Y si halla al asesino y Lena Tiger no se salva?

—Entonces... mi vida estará en sus manos, señor Cole. Usted podrá denunciarme como responsable de su muerte. Le entregaré una confesión escrita de mi culpa en su muerte. Naturalmente, si ella se produce, podrá conseguir que la justicia caiga sobre mí. Venga luego a mis estancias. Le haré entrega de ese documento.

Se ausentó, majestuoso y grave, como un auténtico señor feudal

de los tiempos de sus antepasados, los samurais.

Frank Cole se quedó en silencio, pensativo. Sin poder dejar que sus pensamientos siguieran en torno a Lena Tiger, su compañera desaparecida.

* * *

*«Si ayuda a Taro Fukira, Lena Tiger morirá en las próximas veinticuatro horas. En su mano está elegir su suerte, señor Cole.»*

El mensaje no tenía firma. Ni hacía falta. Tampoco hubiera servido de nada, porque Frank imaginaba que sería totalmente anónima, irreconocible. Los traidores comprados por el asesino de la familia Fukira, habían ganado varios puntos. Sus fieles servidores, aun sin entrar en aparente contacto con él, habían sabido golpear directamente a los más peligrosos aliados del magnate japonés en aquel demencial asunto.

Kwan Shang leyó el texto anónimo con gesto sombrío. Lo devolvió a su amigo.

— ¿Qué piensas hacer, Frank? —indagó, preocupado.

—No lo sé. Lo malo de este lugar es que nos frena todo movimiento. Tenemos dos fuerzas antagónicas en contra: por un lado, los fieles ninjas de Fukira. Por otro, los asesinos aliados al criminal, los traidores a Fukira. Unos y otros pueden ser igualmente peligrosos para nosotros. Y Lena... en poder de ellos, sin duda. De los que traicionan a nuestro anfitrión.

— ¿Puedo hacer algo?

—Por el momento, no. Ni siquiera tenemos enemigos físicos con quienes combatir. Hay que esperar. Pero vigila, Kwan. Vigila atentamente. Estoy seguro de que, en cualquier momento, alguien puede ponerse nervioso y cometer un error. Ese será el momento de hacer algo realmente efectivo...

—Está bien, Frank. Estaré atento a lo que sea... —prometió Kwan, tenso.

Luego se volvieron ambos, cuando Stella Wond, la secretaria rubia y atractiva de Taro Fukira, asomó a la sala de recreo del castillo escarlata, para anunciar con grata voz amable:

—Pueden salir del castillo, señores. El señor Fukira les permite disfrutar de su estanque para relajamiento de sus nervios y placer de su cuerpo. Les aseguro que resultará una sensación muy confortable para todos...

Parecía una excepción en el rígido régimen de clausura del japonés. Como si les hubieran ofrecido la propia y definitiva liberación de su cautiverio dorado actual, todos se lanzaron al exterior. Cole les siguió junto a Kwan, sin tantas prisas.

—Recuerda, Kwan —dijo entre dientes el joven budoka—. Vigila. Vigila...

Poco después se hallaban en otro patio similar al del jardín de las formas de muerte ocultas, para disfrutar realmente de un lugar idílico, pero cercado por altas vallas que guardaban severos ninjas, donde un estanque amplio y ovalado, coincidía con una serie de mesas al aire libre, protectores contra el sol, y toda clase de comodidades propias de la más lujosa instalación turística.

—Disfruten del estanque, señores —sonó la voz de Fukira por los altavoces—. Luego la comida será servida en este mismo lugar, al aire libre. Es una atención de su anfitrión, para todos ustedes...

Se miraron entre sí los invitados actuales. Kwan se alejó de Cole, empezando a revisar la zona, y descubriendo numerosos detectores electrónicos y *ojos* vigilantes que impedirían cualquier intento de fuga.

La mayoría de los invitados fueron a los vestuarios para tomar bañadores y disfrutar de las azules y límpidas aguas del estanque Helen Wallace, en bañador, parecía una soberbia walkiria de cabello oscuro y formas rotundas. Pero cuando la propia Stella Wond asomó en bikini, acercándose a la piscina, todos se quedaron realmente impresionados. El tipo de la rubia joven, con aquellas dos mínimas prendas, era una auténtica escultura color nácar, rematada en una dorada melena. Sus formas suaves pero llamativas, destacaban agresivamente cuando se aproximó a la orilla del estanque.

Apenas se lanzó al agua, sonriente y risueña, todos dieron por roto el fuego, se precipitaron sobre ella. Fue curioso que la mirada más fija e intensa, antes de esa zambullida en las aguas azules, fuese para Frank Cole, que también había recurrido a un breve *slip* ceñido a sus carnes prietas, musculosas, elásticas y broncíneas. Aquella figura masculina que era compendio de arrogancia, esbeltez y perfección física, siguió, junto con los demás, a los bañistas de la Isla de las Perlas, buscando en las azules profundidades un contacto fresco y vivificante, que tonificara su ánimo, sus nervios, su estado general, tras las tensiones vividas. Era como el colectivo olvido de que todos, absolutamente todos, llevaban dentro en estos momentos a la muerte, como implacable compañera de todos sus actos.

Casualmente, acaso, Frank y Stella Wond se encontraron repetidas veces bajo el agua, en diversas zambullidas, y Cole notó el roce rápido de las formas de la rubia joven, ágil y elástica como una auténtica ondina.

Cuando ya todos los demás habían salido, para degustar un aperitivo servido generosamente por los camareros de Fukira, Frank Cole siguió nadando, porque casi nunca tomaba alcohol, salvo algo de buen vino en alguna que otra comida. Y también Stella Wond nadaba con él.

Eran los únicos bajo el agua, en el mundo azul del amplísimo estanque.

Emergieron juntos, al lado de unas rocas que formaban uno de sus extremos. Ella, con el dorado cabello chorreando agua, le miró sorprendida. Sonreía, radiante.

— ¿No sale a tomar nada? —indagó.

—No —negó Cole—. No bebo casi nunca alcohol.

—Yo tampoco. Prefiero disfrutar de la naturaleza... cuando puedo.

—El anfitrión ha sido muy generoso... —comentó Cole—. Nos deja disfrutar de todo esto en su isla...

—Creo que el patrón está algo desconcertado. La desaparición de Lena Tiger, el atentado de anoche, eso que usted relató, sobre una tarántula venenosa... Son demasiadas cosas que no tenía programadas. Resulta lógica su desorientación, ¿no?

—Es evidente —asintió Frank con una sonrisa—. Los acontecimientos empiezan a desbordar sus previsiones. Acostumbra a suceder con el que programa a los seres humanos y sus reacciones. Es algo que nadie puede controlar jamás. Cada hombre, cada mujer, tiene su propio carácter e ideas. No somos piezas de un simple juego.

—Tal vez ése fue su error. Pero ya es tarde para admitirlo. Quiere llegar hasta el final.

— ¿Y cuál será ese final? ¿La muerte de todos? ¿Un absurdo capricho convertido en una matanza tan estúpida como inútil?

—Le entiendo muy bien. Sufre por Lena Tiger, ¿verdad? —Stella le miró fijamente.

— ¿Qué supone usted? Tengo que sufrir por su suerte. Es una gran amiga. Forma parte de mi grupo. Me siento responsable por ella.

— ¿No será algo más? —sugirió Stella, ladina—. Es muy hermosa, muy atractiva...

—Dejemos eso. —Cole cortó bruscamente, sumergiéndose de nuevo en las aguas.

Stella le siguió rápidamente. Tanto, que pronto se encontró su cuerpo con el de Frank Cole. Y, como al azar, le rozó tan de cerca, tan prolongadamente, que parecía adherida a él.

Recordó el joven budoka a Helen Wallace la noche anterior. Parecía como si las escasas pero atractivas mujeres de la Isla de las Perlas le buscaran insistentemente. No era un hombre vanidoso. Se preguntaba, simplemente, quién lo hacía por atracción física simplemente, y quién por interés personal en algo que no entendía.

Pero mientras pensaba eso, los brazos de Stella rodeaban su cintura. Sin darse apenas cuenta, se halló dando tumbos por el fondo del estanque, rodeando a su vez el cuerpo de la rubia muchacha en un abrazo sensual, que el frío del agua límpida y azul no lograba despojar de su ardiente calor.

Emergieron en otro punto más alejado de los demás, entre las rocas que adornaban sus salientes. Los cuerpos se unían en el agua, sus bocas mojadas se estrujaban en un beso ardiente.

—Stella... —susurró Cole—. ¿Por qué hiciste esto?

—Frank, no preguntes... —musitó ella—. Eres tan terriblemente atractivo...

Tomaron aliento, y se sumergieron con rapidez en las trías aguas, acaso para extinguir los últimos ardores de sus cuerpos estremecidos. Cole conservaba la frialdad de sus ideas, su lúcida mente, ocupada aún en el recuerdo de Lena. ¿Adónde conduciría todo esto?

De repente, Frank Cole descubrió, allá en un ángulo del inmenso estanque natural, abierto entre rocas y llano, un extraño manchón oscuro, como el que produciría un agujero profundo, arrinconado en el fondo. Llevado de una súbita idea, tomó de la mano a Stella Wond y se sumergió más y más, hasta alcanzar aquella zona.

Realmente era un agujero. Pero tapado por una poderosa red metálica, que permitía pasar el agua, pero no los cuerpos extraños. Cole imaginó lo que era: el colector del estanque, el que traía el agua del exterior y renovaba el contenido del estanque. El agua era salada. Por lo tanto... venía del mar.

Hizo gestos a Stella y ella los captó, dada la luminosidad del sol en las aguas profundas. Ella negó, rápida, intuyendo una locura peligrosa. Cole insistió, aferrando los alambres con manos vigorosas. Ella hizo un gesto, evidenciando que era una simple tontería. No había fuerza capaz de mover aquello.

Frank Cole le dio la mayor sorpresa de su vida.

Sus manos eran como garras poderosas, aferradas a la red de alambre. Puso en ello todas sus fuerzas. Llegado el momento, un budoka puede ser un titán. La concentración de su energía vital, de su voluntad, le hizo exhalar, aun dentro del agua, un grito ronco, poderoso, que escapó de su cuerpo todo, de su boca, entre burbujas de aire perdiéndose en el mundo sin sonidos de las aguas pero estremeciendo éstas con su potencia latente:

— ¡KIAI!

Y los alambres recios se desgarraron como si fuesen simples fibras de papel en sus dedos musculosos y potentes. Un enorme agujero se abrió ante ellos, con la red metálica colgando, lastimosa. Stella dirigió a Cole una mirada de enorme estupor, como si le fuera imposible creer en semejante cosa. Pero ello se había producido, y eso era lo cierto.

Tenían paso libre por el colector. Cole se aventuró por él, nadando como un pez. Tras una vacilación, Stella le siguió, intentando no despegarse del luchador.

Se aventuraron por un interminable corredor repleto de agua, que

les produjo la impresión de que podía llegar a ahogarles por falta de superficie para respirar.

Sin embargo, de súbito, el nivel del agua reveló una alteración. A ambos lados, fueron visibles una serie de tubos metálicos muy amplios, una escala metálica lateral, que se repetía espaciadamente... y sobre ellos una plataforma igualmente metálica, que delimitaba el cauce del agua cambiante.

Cole se encaramó, muy rápido, sintiendo estallar sus pulmones, sobre esos escalones de metal. Alcanzó el techo, y respiró hondo. Era una zona de vacío, por la que circulaba un aíre frío y húmedo. Stella, jadeante, cayó a su lado. Por debajo de ellos se oía el rumor del curso de agua, yendo y viniendo del estanque.

—Dios mío, creí morir ahogada... —susurró ella, extenuada.

—Sabía que tenía que haber algo así —dijo Cole gravemente. Se tendió a su lado, y la rodeó con brazo firme, atrayéndola hacia sí besándola—. De no ser de este modo... hubiéramos muerto. No debiste seguirme, Stella.

—No pude hacer otra cosa —musitó ella, besándole de nuevo con pasión—. ¡Oh, Frank, eres todo un hombre!

Tal vez hubiera intentado retozar con él de nuevo, pero algo lo impidió. El metal vibró, estremecido por unas recias pisadas. Ambos se volvieron bruscamente, casi violentamente.

Cinco hombres rana de negra indumentaria de goma y máscaras de inmersión, se movían hacia ellos. Dos llevaban fusiles de arpones submarinos, otros dos armas blancas, cuchillos afilados y centelleantes, y uno de ellos, en cabeza, un revólver amartillado.

— ¡Mátalos! —gritó agudamente uno del grupo—. ¡Son la secretaria y el budoka!¡Dispara, ya!

El aludido asintió, alzando el arma y disponiéndose a apretar el gatillo.

* * *

Fue como si un torbellino se pusiera en acción.

Por segunda vez en aquellas profundidades, pero primera en el aire respirable del colector, retumbó una especie de voz increíble, que parecía surgir de cada uno de los poros del formidable luchador rubio:

— ¡Kiai!

Y la vorágine humana, se precipitó sobre los Cinco hombres rana.

Ante el estupor de Stella Wond, Frank Cole cayó sobre los cinco enemigos armados.

Y como en un rápido, increíble filme rodado a cámara superveloz, su figura actuó de modo devastador, arrojando cuerpos por los aires con facilidad pasmosa.

Un disparo de arma de fuego, un cuchillo lanzado, dos arpones horadando el vacío, acusaron la habilidad fantástica de Frank Cole para salvar todo posible riesgo, y a su vez terminar con los responsables de los mismos.

Cuando Cole alcanzó al hombre del revólver, su primer objetivo, le bastó un demoledor *Mae-Geri-Jodan* que proyectó su pie contra la nuez de Adán, aplastándosela en la garganta, y matándole en el acto. Había tocado un *atemi* o punto vital, el llamado *Hichu.* Y aún no había caído muerto el hombre del revólver, al disparar éste sin tino alguno hacia el aire, cuando ya el autor de un lanzamiento de cuchillo y de otro de arpón, recibían, respectivamente, un golpe de martillo, o mano en *Tsutchi-Ken,* que aplastó la sien o *Kasumi* de otro, matándole también de modo fulminante, mientras el segundo, de un rodillazo seco en sus órganos genitales —*kinteki*—, caía desvanecido en el acto.

Quedaron sólo dos adversarios en pie, y parecieron dispuestos a huir, pero uno de ellos se decidió a disparar el arpón contra Cole. Rápido, Frank se tiró de bruces sobre el metálico suelo, y desde allí, como un rayo, apenas notó sobre su cuerpo el silbido del dardo de caza submarina, hendiendo el aire, se incorporó, precipitándose sobre los dos supervivientes del grupo, entre los cuales cayó como un alud, sobre sus piernas flexionadas, y disparó ambos brazos y rodillas, alcanzando simultáneamente a los dos.

Fue un doble impacto en sus puntos vitales más accesibles, *San-Ming* o punta del mentón y *Inazuma,* o flanco, provocando dos súbitos desvanecimientos.

El quinteto enemigo había sido abatido con suma facilidad. Cole se volvió hacia Stella, haciendo un gesto vivaz.

— ¡Vamos! —susurró—. Podemos seguir. Esto significa algo, sin duda. Hay guardianes armados, protegiendo esta zona...

Stella, atónita todavía ante la exhibición asombrosa que, en escasos segundos, le diera Cole de sus prácticas de luchador experto e inexorable, se incorporó, tomando de la mano a su camarada, para seguir adelante por el colector, hacia su misterioso destino en alguna parte de la isla, en el subsuelo.

La marcha fue larga y trabajosa, hasta que, súbitamente, un rumor profundo, sonoro, se percibió frente a ellos, al extremo del colector. Cuando llegaron hasta allí descubrieron una especie de espesa cortina de agua que caía, poderosa, desde las alturas, formando una especie de telón rumoroso.

— ¿Qué lugar es éste? —musitó Stella Wond, sorprendida, mirando con perplejidad a Frank Cole, cuya mano apretaba con fuerza.

—No lo sé —confesó él—. Peí o vamos a saberlo enseguida. Y

para ello sólo hay un medio: cruzar esa cortina de agua...

Rápido, respiró con fuerza, apretó con mayor energía la mano de la muchacha, y se precipitó con ella a través de la cascada, saliendo al exterior.

Primero, fue como un mazazo brusco de agua sobre sus cuerpos, pero luego, tras unos dos segundos de soportar aquel impacto vigoroso sobre su piel, el agua cedió en intensidad, se hizo pulverizada y tenue... y se hallaron, para su sorpresa, a la plena luz solar.

— ¡Frank! —gritó Stella, radiante—. ¡Hemos salido a un lugar al aire libre! ¡Nos hemos salvado...!

—Salvado... —Frank Cole miró en torno con un escalofrío. Sus ojos recorrieron la frondosa y bella espesura, más allá de la cascada que acababan de atravesar— ¿Tú crees? ¿No reconoces este lugar, Stella?

Ella, sorprendida por su tono, miró en torno. A medida que sus ojos recorrían cada detalle del hermoso y bello paisaje, la palidez iba asomando paulatinamente a su rostro. De sus labios, escapó un ronco gemido de horror.

—Dios mío... —susurró aterrada—. Es... es el Jardín de los Suicidas...

# CAPÍTULO VIII

# EL JARDÍN DEL HORROR

Era el Jardín de los Suicidas.

El lugar de la muerte exquisita, de los mil peligros ocultos. De las alimañas venenosas escondidas en la espesura, de los tallos mortíferos, de las flores de la Muerte, del terror oculto, del suicidio voluntario para quien se aventurase en él.

Sólo que ellos no eran suicidas. Pero eso importaba poco. Lo cierto es que estaban allí. Lo cierto es que habían entrado en la zona prohibida, reservada a un asesino, creada y recreada por un hombre vengativo y cruel, a lo largo de toda una serie de años de paciente espera...

—El Jardín... —sollozó Stella, lívida—. ¡Dios mío... Frank, es el fin...! ¿Qué vamos a hacer aquí?

Y fue a apoyarse, tambaleante, sobre un árbol. Rápido, Frank detuvo su brazo, la sujetó él, advirtiéndola, tenso:

— ¡Cuidado! ¡Ese árbol...! ¡Mira su tronco!

Stella miró hacia el árbol con sorpresa y terror. Entonces descubrió la especie de capa resinosa que cubría su tronco. Había varias moscas y otros insectos sobre ella.

Adheridos. Muertos.

—Cielos... —gimió—. Veneno...

—Es una de las delicias de este jardín de horrores —asintió Frank sombrío—. No toques nada. Mira bien dónde pisas. No te aventures. Cada punto, cada lugar es un foco de muerte segura...

Ella no dijo nada. Estremecida, se dejó guiar por Frank. En otra ocasión, casi inmediatamente, él captó entre las hojas, a sus pies, una forma oculta, oscura. Se apresuró a pisar violentamente, con rapidez, ese punto.

Una alimaña de largas patas y cuerpo manchado, se aplastó en el terreno. Una pulpa verdosa escapó de su cuerpo.

Más allá, captó un susurro entre la hierba y los setos. Estuvo seguro de que lo producía un reptil al deslizarse. En cualquier momento, les atacaría un ofidio venenoso, estaba seguro de ello.

Pero había que seguir, buscar una salida en aquel laberinto de muerte dispuesto por Taro Fukira para el asesino de su familia.

—Dios mío, nunca saldremos de aquí con vida, Frank —sollozó Stella—. Nunca...

—Serénate —sonrió él duramente, rodeando su cuerpo estremecido con un brazo—. Saldremos, a pesar de todo. Ten fe. Es lo mejor que nos queda...

Y siguieron adelante. Adelante por aquel siniestro y hermoso dédalo mortal, donde cada hoja, cada flor, cada rincón, ocultaban una forma de muerte segura para el que se aventurase por el jardín del suicidio.

* * *

—Ya son tres, señor Fukira. No sólo Lena Tiger, sino mi amigo Cole, y con él su secretaria Stella Wond, han desaparecido. Les vieron todos en el estanque, pero no han vuelto a aparecer. Alguien tuvo que raptarles allí.

— ¿Y qué puedo hacer yo? —se quejó Fukira, vacilante.

—Usted nos condujo a este desastre. Usted es quien debe sacarnos de él, porque se ha demostrado que no puede afrontar las consecuencias de su absurdo y delirante plan, y éste va a terminar en una matanza estúpida y sin sentido, a la que usted no puede poner freno. Desengáñese, señor Fukira. Su dominio de la situación se ha terminado. Ya no es capaz de controlar nada ni a nadie. Pero mientras tanto, mis dos camaradas desaparecieron, y tal vez han muerto o están en peligro. ¡Exijo una solución inmediata, o yo mismo terminaré con todo esto!

—Señor Shang, usted sabe que, frente a la traición de algunos de mis hombres, nada puedo hacer yo. Ese ha sido el factor ignorado de la cuestión. No creí que las cosas llegaran a ser tan difíciles. Ni tan complicadas.

—No lo creyó, ¿eh? —Kwan Shang, con ojos centelleantes, fue hacia él. Rápido, Fukira retrocedió, llevando los dedos a un punto del muro donde, sin duda, había un resorte oculto que haría funcionar para que sus leales le ayudaran contra el posible ataque de Kwan— Vamos a terminar con esto de una vez por todas, señor Fukira. Puede accionar cuantos resortes desee y llamar a los ninjas que quiera. Estoy dispuesto a morir luchando, con todas sus consecuencias. Y si todos los demás están de acuerdo conmigo, comprenderá que esto sólo significa una cosa: vamos a terminar con esta cautividad, le guste o no.

— ¿Me... piensa atacar?

—Lo haré, puesto que me obliga. Quiero salir libremente de aquí. Y salvar a mis amigos, recuperarlos. Vivos o muertos, pero recuperarlos.

—Si sale puede morir...

—Ya le dije que eso me importa poco. Usted, su veneno, sus ideas grotescas, su venganza estúpida... Todo se acabó ya para mí. Si es

preciso, le obligaré a ello, sea como sea.

—Comprendo su indignación. Pero debemos tener serenidad para...

— ¡Se acabó mi serenidad, señor Fukira! Tome una decisión *ahora.* O la tomaré yo.

— ¿Cuál piensa tomar? —aún trató de ser fuerte el magnate, ante el resto de sus forzados invitados.

—Esta —caminó Kwan Shang lenta y resueltamente hacia la salida —. Me voy.

—Le matarán mis hombres...

—Bien. Que lo hagan. Será cosa suya. Responda de ello ante los demás... si antes no le linchan, y termina aquí toda su ridícula farsa.

Reinó un profundo silencio, mientras los restantes invitados se quedaban rígidos, la mirada fija en Kwan Shang, que caminaba resuelto hacia la salida, sin que las palabras del anfitrión parecieran impresionarle lo más mínimo.

— ¡No, espere! —suplicó bruscamente la voz de Fukira.

Y, por vez primera desde que Kwan le conociera, tenía un tono suplicante, cansado y triste. Se volvió el joven chino, parándose en seco.

—Usted gana —dijo con tono penoso el japonés—. Esto se me fue de las manos, nosé aún por qué... Tiene derecho a exigir... Todos son libres. Se irán dentro de una hora de mi isla, tienen mi palabra.

— ¿Y... el asesino? —señaló Helen Wallace con voz ranea.

—Ya... ¿qué importa todo? He fracasado —Fukira cayó demudado en un asiento—. Les daré el antídoto dentro de unos minutos... y podrán irse todos. Este es el fin de mi plan, de mi feliz idea... Es un fracaso que sólo puede conducirme... al jardín del suicidio. Es el final que me corresponde.

Kwan Shang no dijo nada. Sabía que todo hubiera sido inútil. Si un hombre como Fukira, un japonés descendiente de samurais y kamikazes había tomado su decisión, ésa sería inquebrantable. Definitiva.

En aquel instante, algo rompió el alivio y relajamiento de los presentes. Una voz sonó helada en el acceso a la amplia sala del castillo:

—Es mejor que no se muevan —dijo—. De todos modos, van a morir. Pero así no les haremos sufrir demasiado...

Se volvieron todos, con la sangre repentinamente helada en sus venas.

Cuatro ninjas, traidores sin duda a su amo, Taro Fukira, aparecían en la entrada, provistos de sus armas tradicionales, helados los ojos, como auténticas sentencias de muerte.

A su frente, figuraba un servidor de Fukira, a quien Kwan Shang

viera, repetidas veces, sirviéndoles las comidas en el castillo escarlata.

Era el primer traidor, sin duda alguna. Todos les amenazaban con sus armas. Y no parecían bromear en absoluto.

—La traición triunfa... —jadeó Fukira, amargamente—. Ahora sólo el asesino podría evitar que ellos actuaran como lo hacen. Pero estoy seguro de que no va a desenmascararse ante nosotros...

Reinó un silencio de muerte. Todos se miraron entre sí, esperando cada uno que el otro saliera, revelándose como el criminal y pidiendo clemencia a los traidores ninjas y a su jefe.

Pero eso no se produjo. Los temibles guerreros de tipo medieval se aproximaron hacia ellos.

La muerte asomaba a sus ojos. Era obvio que iban a asesinarles ahora mismo. Y eso, ni siquiera Kwan Shang podía evitarlo. Ni intentarlo siquiera.

* * *

Frank Cole reaccionó con rapidez cuando el delgado, pequeño y negro reptil les atacó, surgiendo de súbito de entre unas plantas de hermoso aspecto.

Sus manos se dispararon como cuchillos, alcanzando al ofidio en la cabeza. Para estupor de Stella Wond, las manos de Cole fueron como auténticas hachas. Crujió el esqueleto del reptil, quebrándose a la altura del cuello, y cayendo atrás su cabeza, virtualmente separada del resto del cuerpo, excepto por algunos pocos músculos y por la brillante y escamosa piel.

Habían bastado dos secos impactos simultáneos de karate, para derribar en menos de un segundo a un peligroso y venenoso reptil, una más de las amenazas del jardín de la muerte.

— ¡Oh, Frank, no puedo creerlo...! —susurró ella, apretándose contra su compañero y salvador—. ¿Eres realmente un ser humano? Jamás vi nada parecido...

—Es cuestión de entrenamiento, de rapidez, de reflejos... Todo eso, unido a la fuerza física que uno concentra en determinados golpes cuando domina las disciplinas del karate, pueden lograr cosas así —sonrió él, todavía tenso y pálido su rostro, por la dura prueba a que estaban sometidos en el hermoso jardín donde cada objeto, cada flor, incluso el agua de un arroyuelo o de una fuente, podía ser una forma súbita de morir—. Lo difícil es llegar hasta el final. Después de todo, sí soy humano. No puedo con todo, compréndelo...

Stella asintió, apretándose contra él.

—Aun así, creo en ti —musitó—. Tengo fe en ti, Frank... Sé que saldremos de ésta, gracias a tus facultades...

El no dijo nada. No hizo comentario alguno. Siguieron adelante, siempre adelante, aunque Cole, en la tupida red de enredaderas de los muros, no veía ni adivinaba salida alguna. Sin embargo estaba seguro de que alguna debía de existir, además de la del colector que iba al estanque.

Y estaba dispuesto a encontrarla. Después de todo llevaban la muerte dentro. En tal caso, ¿qué importaba morir, antes o después? Era ya una partida desesperada contra la muerte. Si perdía, no habría hecho sino precipitar las cosas. Pero si ganaba...

La marcha siguió, por tanto, contra todo lo que les rodeaba, que no era sino un silencioso y bello cerco de muerte...

* * *

Fue como un chispazo súbito de esperanza. Como un ramalazo de violencia que todo podía cambiarlo.

Kwan Shang, sorprendido, vio cómo el rubio, atlético y vigoroso Marty Nolan, el joven y arrogante editor, saltaba hacia el grupo de los ninjas y su jefe.

El muchacho emitió el grito ronco y poderoso de los que conocían las Artes Marciales. Su poderoso y estremecedor sonido, escapó de su boca, de su torso, de su ser todo, como un estallido virulento:

— ¡KIAI!

Y cargó de modo suicida contra los traidores.

Los ninjas eran temibles enemigos. Prepararon sus cortos sables para atacar al audaz agresor y decapitarle fácilmente o segar sus brazos agresivos. No contaban con que Marty Nolan tenía en esos momentos un formidable compañero de lucha.

Ese compañero era Kwan Shang, uno de los Dragones de Oro.

Apenas advirtió el joven chino la enérgica acción de su camarada, se precipitó junto a él, sobre los temibles adversarios. Una batalla rápida e increíble se desencadenó entre ambos y sus cinco poderosos enemigos.

Fue un choque dramático, de auténticos titanes. Las armas blancas de los guerreros enlutados, hirieron a ambos, inevitablemente. Kwan notó los cortes en sus brazos y costado, pero no hizo caso al dolor ni la sangre. Tampoco Nolan, herido en sus manos y muslo, se inmutó para proseguir su ataque temerario.

Y las manos de ambos, sus pies bien entrenados, de luchadores de Artes Marciales, llegaron a su destino.

Kwan utilizó sus técnicas endiabladas de Kung-Fu, *y* sus manos en forma de cuchillo o *Tao-Shou,* o bien engarfiadas como garras de tigre, hicieron presa en los rivales, abatiéndoles con poderosos impactos, que remachaban sus pies y rodillas, en asaltos ágiles,

despiadados, realmente a vida o muerte.

Nolan, que era un practicante de *Tae-Kwon-Do,* tampoco se quedó atrás, y en sus fantásticos vuelos martilleó a todos los rivales con mazazos brutales de pies y manos en sus puntos vitales, causando varias bajas en escasos segundos.

Y todas las bajas, irremisiblemente, eran mortales.

Ni Kwan ni Nolan podían dar cuartel. Era cuestión de matar o morir, y ambos lo sabían muy bien. En pocos instantes habían terminado con los enemigos del grupo.

Los cinco traidores estaban muertos.

Ellos, sangrantes y triunfadores, se volvieron hacia los demás invitados, sobrecogidos por la increíble escena, y también hacia Fukira, que tampoco parecía dar crédito a lo que sus almendrados ojos habían presenciado.

—Y bien... —jadeó Nolan—, Ahora ya hemos terminado con ellos. ¿Va a darnos ese antídoto, señor Fukira, y dejarnos ir en paz? Hubiera querido que triunfase su estratagema, pero eso es imposible ya. ¿Qué resuelve hacer?

—Ya se lo dije —suspiró el japonés—. Por otro lado... no necesitan antídoto alguno, amigos míos.

— ¿Qué? —mascculló Kwan, enjugándose la sangre de sus cortes.

—Nunca hubo veneno alguno en sus cuerpos —sonrió amargamente el japonés—. En ninguno de ustedes, para ser exactos. Todo fue una parte más de la farsa, ¿lo entienden? Una estratagema para obligarles a hacer lo que yo quería...

— ¿Ni siquiera nosotros...? —jadeó el joven chino.

—Ni siquiera usted, Lena Tiger o Frank Cole. Nadie. Pueden irse. Daré órdenes a mis hombres... —pulsó un resorte del muro—. Tendrán la motora a su servicio. ¡Adiós! A mí sólo me queda el Jardín de los Suicidas...

Entró uno de sus servidores, que contempló con horror y sorpresa los cinco cadáveres, pero que mantuvo su hermético silencio de oriental, y se inclinó ante Fukira. Este le habló, rápido. Su servidor le respondió, en igual tono y celeridad. Y Taro Fukira pegó un salto de estupor.

— ¿Qué? —aulló incrédulo—. ¡No es posible...!

— ¿Algo nuevo? —se inquietó Saka Kyo, dando un paso hacia él.

—Lo peor que podía suceder... Kwan Shang, se trata de su amigo... y de Stella Wond.

— ¿Qué ocurre con ellos? —demandó Shang, angustiado.

—Están encerrados... en el Jardín de la Muerte.

— ¡No, cielos, no!

—Lo siento. Es así. Debieron llegar por el colector... Escuche, Kwan. Hay aún un medio de salvarles, si no han ido demasiado lejos.

Mi jardinero, Takama, tiene orden terminante de no dejar salir vivo de allí a nadie. A NADIE, ¿entiende? Ni siquiera a mí.

— ¿Entonces...?

—Espere. Tengo una posibilidad. Un plano del jardín... Lo poseo. Con todas sus mortíferas trampas. Si alguien pudiera...

— ¡Yo puedo! —rugió Kwan—. ¡Deme ese plano! ¡Saltaré con él al jardín, pronto!

—No —negó lentamente Fukira—. Yo debo hacerlo... Pero venga conmigo, Kwan.Usted me ayudará...

— ¿Puedo hacer yo algo? —se ofreció Marty Nolan.

—Puesto que nos ha demostrado que es un experto luchador... venga, Nolan — rogó Fukira—. Puede ayudar a Cole a salir de allí. Mi jardinero Takama tiene gente especializada, que impedirá huir a Cole, a Stella, a cualquiera... Usted y Kwan pueden hacer esa tarea, como hicieron la otra... —y señaló a los ninjas sin vida.

—Adelante —asintió vivamente Kwan—, ¡En marcha, pronto!

# CAPÍTULO IX

# TRÁGICO LABERINTO

La espesura se hacía más frondosa en aquella parte del jardín, no lejos de una pequeña fuente, cuya agua, limpia y cristalina, brotaba rumorosa, apetecible. Frank Cole le contempló fijamente. Luego, cambió una mirada con Stella, que caminaba fuertemente cogida a su mano.

—Veneno —susurró ella—. Ese agua tan deseable, no sacia la sed, Frank. Mata.

—Lo imagino. Este maldito laberinto es una muerte constante, agazapada bajo las apariencias menos inquietantes. Puede decirse que Taro Fukira planeó todo minuciosamente cuando levantó este hermoso jardín, para hacer de él un dulce instrumento de muerte.

—Salir de él es imposible, Frank —gimió ella—. Está proyectado precisamente para eso: para no salir con vida. Es un cepo, una trampa inexorable, tú lo sabes...

—Claro. Ambos lo sabemos. Pero hay que sobrevivir. No somos suicidas. Nuestra mentalidad no es la de un samurai.

Rozaron muy de cerca los espinosos tallos de unas bellísimas rosas de pétalos aterciopelados. Cole las miró, pensativo. Sabía que cada espino era un instrumento mortífero, impregnado de un sutil veneno que, apenas rozara su piel, haría su efecto inmediato.

Aunque él ignoraba el hecho de que no llevaba sobre sí veneno alguno, seguía luchando por su vida incluso creyéndose envenenado a plazo fijo. Su deber como ser humano era precisamente ése: luchar por la supervivencia. Contra todos los avatares que se presentaran...

—Esas enredaderas, Frank... —señaló Stella unos tallos que, brotando no lejos de ellos, reptaban por los muros, hacia arriba, hacia la única esperanza de salvación, de evasión del hermoso jardín de la muerte—. Si pudiéramos reptar por ellos...

—No digas locuras —suspiró Cole—. ¿Crees que están ahí para dar una oportunidad a alguien? Son mortíferos también, estoy seguro.

—Un día, Fukira dijo que, pese a todo, hay una posibilidad remota en este jardín para aquel que sepa encontrarla... Tal vez sea uno de esos tallos... Uno solo de ellos podría conducir a la salida. Yo no conozco otra, ni creo la haya.

—Es posible estés en lo cierto —admitió Frank, pensativo—, Pero ¿cuántos tallos de enredaderas hay aquí? Más de doscientos. Y quizá

*uno solo* de ellos sea válido para salvarse. Demasiado remota la posibilidad, ¿no crees? No vale la pena experimentar...

—Entonces... ¿qué hacemos? —gimió ella, angustiada.

—Seguir —susurró él roncamente, mirando en derredor—, Seguir, a pesar de todo.

Y siguieron. Cole tiraba de ella, con firmeza, con energía. Eludiendo siempre los mil y un cepos de muerte dispuestos en el hermoso vergel.

De súbito, se paró en seco. Su faz palideció intensamente Señaló ante sí, con mano rígida, repentinamente demudado. Stella notó su estremecimiento.

— ¡Mira! —exclamó con voz áspera—. Ese maldito loco y su trampa asesina... ¡Ella ha caído víctima de sus delirios de muerte y venganza!

Y se precipitó hacia el cuerpo inerte que aparecía a la entrada de una especie de pequeña cueva oscura, bajo unos arbustos que caían perezosamente, formando como un dosel o cornisa de verdor.

En el umbral de esa cueva, yacía, al parecer, sin vida, Lena Tiger.

El rostro cruel, maligno, se volvió a los otros dos silenciosos individuos de ropaje color verde, como el utilizado por los soldados en operaciones de camuflaje,

—Vamos —dijo, fríamente, en japonés—. El americano está en el buen camino. No podemos permitir que encuentre la única salida...

Asintieron los otros. Echó a andar el hombre de facciones duras y crueles. Era un verdadero enano, pero su figura musculosa y reducida, destilaba energía y seguridad. También vestía de verde, que se confundía con la vegetación del jardín asesino.

Era Takama, el Jardinero de la Muerte. El encargado de velar por el jardín de las mil trampas, y encargado, también, de impedir, en última instancia, que un intruso allí encerrado pudiera salir con vida.

Él y sus dos siervos conocían palmo a palmo aquel laberinto mortal. Sabían dónde y cómo pisar, qué ocultos senderos y vericuetos circulaban entre plantas venenosas, aguas tóxicas, alimañas ponzoñosas y otras mil ideas del fanático y enloquecido Fukira.

Ellos, los jardineros del paraíso mortífero, habían advertido que existía una posibilidad de que Frank Cole saliera del jardín. E iban a impedirlo, fuese como fuese. El fracaso era para ellos la deshonra. Y la muerte.

Se deslizaron como auténticos reptiles sinuosos, por las sendas angostas del amplio y sorprendente jardín que, como laberinto angustioso se extendía entre los altísimos muros del castillo escarlata, hasta aproximarse al punto donde Frank Cole, en compañía de la mujer rubia que servía como secretaria de Taro Fukira, se hallaba inclinado, tomando en sus brazos a una figura de piel color oscuro,

como el bronce o la canela. Una figura escultural, de mujer hermosa, de raza ardiente, cuyas ropas aparecían desgarradas por las afiladas piedras, dejando ver parte de sus hermosos y bien dotados senos, desnudos y palpitantes bajo el tejido.

— ¡Vive, Stella! —musitó Cole, excitado, tras pegar su rostro y su oído a uno de los pechos de la joven de color—. Aún vive... y no parece haber sufrido arañazos de plantas... ni picaduras de alimañas...

La alzó ligera en sus brazos, como si el cuerpo espléndido y bien torneado no pesara apenas. Stella lanzó un grito ronco y señaló al interior de la gruta con repentino terror.

— ¡Mira, Frank! —sollozó entre dientes—. ¡Es horrible...!

Cole miró, sorprendido. Clavó sus ojos en lo que emergía de la cueva, apenas hubo él tomado a Lena en sus brazos. Y sintió un escalofrío de auténtico horror.

Como una legión diabólica de silenciosos e inexorables asesinos, aparecían ante ellos, materializándose de entre las sombras, una verdadera horda de cuerpos pequeños y negros, sorprendentemente rápidos y ágiles. Unos movían sus largas y veloces patas por el suelo. Otros se descolgaban por sutiles hilos, desde las rocas, como diminutos acróbatas de la muerte.

— ¡Arañas! —jadeó Frank Cole—. ¡Tarántulas y *viudas negras*! ¡Un ejército de muerte, Stella! ¡Una simple mordedura, bastará para aniquilarnos!

Venían sobre ellos, irritados por algo que Frank Cole no entendía, y que parecía haber dado señales de vida cuando él tomó a Lena entre sus brazos.

Intentó retroceder, unido a Stella, cuyos ojos contemplaban despavoridos la presencia de los arácnidos. Entonces descubrió al enano Takama y sus dos siervos, cerrándoles toda posible evasión, al emerger de entre los arbustos con sus *kozukas, o* cortos machetes de un solo filo, aunque normalmente capaz de cortar un cabello en el aire, y muy utilizados habitualmente por los antiguos samurais.

Era un arma tan eficiente en la lucha cuerpo a cuerpo, como arrojada por una mano experta, como, sin duda, sería la de aquellos feroces guerreros, encargados de impedir la evasión del Jardín de la Muerte.

Podían elegir ahora entre dos formas de muerte cierta: las arañas ponzoñosas o las armas afiladas, en manos que no dudarían en matar.

Frank Cole no dudó: eligió el peligro más físico y familiar: la lucha con el hombre, aun en las peores condiciones imaginables.

Cuidadosamente, depositó a Lena en una plataforma rocosa, donde había observado que no había tallo alguno peligroso, ni señal

de riesgo mortífero, indicó a Stella que permaneciese junto a la muchacha de color, y él, con sus manos desnudas, se movió rápido hacia Takama y sus dos esbirros, tras pisotear con rapidez a dos *viudas negras* que habían llegado hasta él y descargar un manotazo seco, rotundo, con el puño al revés, en *Ura-Utchi-Ken,* con lo que sus articulaciones metacarpo-falanginas de los últimos cuatro dedos, la parte más dura y de mayor eficacia de su mano, a dos gigantescas tarántulas que colgaban sobre él, en un arbusto. Las trituró en el acto, como martilleadas por un peñasco.

Los enemigos hablaron rápidamente en japonés, precipitándose sobre él. Frank Cole observó que eran veloces y ágiles como simios. Para estar allí y ser tan pocos, tenían que resultar auténticos superdotados para la lucha.

No tardó en comprobarlo sobre sí mismo. Cuando intentó un potente *Yoko-GeriJodan* con el pie derecho, disparado como una catapulta, mientras su cuerpo volaba por los aires, proyectado hacia Takama, notó que golpeaba en el vacío y, por contra, una poderosa arremetida del jardinero, descargándole un golpe con su codo, en un *Hiji-Até,* lanzó dando volteretas a Cole, que rodó, medio aturdido, no lejos de las mortíferas arañas.

Perplejo, asombrado por la fuerza y pericia del enemigo que tenía frente a sí y que, pese a su diminuta figura, resultaba ser un auténtico coloso del karate, Cole pudo erguirse y eludir un devastador *Tubi-Kéri* con ambos pies del luchador enano sobre su pecho, en salto adelante, con proyección.

Cayó el japonés a tierra, emitiendo un grito agudo y belicoso, mezcla de virulencia y de rabia, y rápido esta vez, Cole logró darle un seco, brutal *Kéri-Komi,* un golpe de su planta del pie, sobre la garganta del caído, a quien tocó en su *atemi* o punto vital llamado *Hichu,* o nuez de Adán. Normalmente, era un golpe mortal, pero el tipo lo encajó bien, emitiendo un gruñido áspero, y Cole, asombrado, notó que los músculos de aquel enano se hinchaban poderosamente, saliendo del aturdimiento, para incorporarse rápido, y pasar a un ataque vertiginoso.

Frank Cole comprendió que en el Jardín de los Suicidas acababa de conocer al más temible y sorprendente enemigo de toda su vida. Y lo peor es que la vida estaba en juego, aquello no era un simple entrenamiento de ritual en un *tatami.*

Pudo eludir un veloz y poderoso *Yoko-Geri-Jodan,* aunque el pie de Takama le hizo impacto de refilón en su estómago, y sintió un dolor lacerante que oscureció en parte su mente. Vaciló y con un berrido extraño y poderoso de triunfo, el jardinero saltó sobre él, para remachar su victoria sobre el enemigo medio vencido.

De haber alcanzado a Frank Cole con su *Tobi-Keri* demoledor,

mientras Cole resoplaba, de rodillas, intentando recuperarse, eso hubiera sido la muerte segura, porque ambos pies en proyección iban directos a su entrecejo, en mortal impacto.

Cole, con un último reflejo centelleante en su mente aturdida, logró saltar hacia un lado, evitando el impacto. Takama pasó por su lado como un meteoro, toda su fuerza puesta en aquel golpe. A Cole, en una reacción instintiva y fulminante, le bastó conectar su puño en *Tsutchi-Ken,* martilleando con el metacarpo del meñique, a guisa de mazo, tras la oreja del japonés.

Este emitió un berrido y cayó de rodillas, vacilante con los ojos vidriosos, aunque soportando también el impacto que hubiera abatido a cualquier otro. Cole, ya dispuesto a matar o morir en un esfuerzo supremo que significara su vida o la del enemigo, saltó sobre Takama y pudo, por décimas de segundo, alcanzar con su mano abierta en *sable,* o sea en un típico ataque en *shuto,* el te*ndo* o cumbre del cráneo del jardinero. Su mano golpeó en ese *atemi* o punto vital posterior, con un *Kuki-Te* perfecto, como si fuese el extremo de un sable. El golpe seco hizo crujir el hueso del japonés. Este cayó fulminado.

Había muerto en el acto. Su cuerpo de enano quedó inerte a los pies de Cole, ante el asombro de sus esbirros que, rápidamente reaccionaron, alzando sus brazos para disparar sobre el vencedor, mortalmente, sus dos afilados *kozukas.* Contra eso, Cole no podía hacer absolutamente nada.

* * *

Fue entonces cuando emergieron milagrosamente Kwan Shang, el rubio y atlético editor, Marty Nolan y el propio Taro Fukira.

¡Y salían del interior de la gruta repleta de arañas mortíferas!

Aplastaron o abatieron a las feroces alimañas, mientras de sus manos escapaban afilados *shuriken,* o puntiagudas y afiladísimas estrellas de acero, que penetraron en los cuerpos de los dos esbirros de verde uniformé, abatiéndoles mortalmente heridos antes de que tuviesen ocasión de lanzar sus armas blancas sobre Cole.

Antes de que Cole pudiera darse cuenta, todos los enemigos habían caído, dejando el terreno libre, y sin otros peligros que los que podían significar las mil y una trampas dispuestas en el jardín del suicidio por la complicada mente vengativa de Taro Fukira.

Lentamente, Cole volvió la mirada hacia Fukira, sin entender nada, y luego sonrió a Kwan Shang, que respiraba aliviado, y al joven Nolan, sonriente y lleno de seguridad en sí mismo, como siempre

—Menos mal... —suspiró—. Llegaron a tiempo... ¿Esa es la salida?

—Sí —afirmó roncamente Taro Fukira—. La cueva de las arañas...

Una salida bien guardada. La única entrada también. Alguien, además de mí mismo, conocía ese acceso, y dejó aquí a Lena Tiger, tras secuestrarla... El traidor jugó su baza.

—Pero las arañas no atacaron a Lena...

—No, no lo hicieron. Ella, sin advertirlo acaso, al moverse en esa cueva, una vez abandonada a la muerte por los traidores... debió impregnarse de un repelente que yo dispuse allí, contra el ataque de los arácnidos y que sin duda salvó su vida, al alejar a las arañas de su cuerpo.

Cole se había vuelto a medias para mirar a Lena. Y entonces lo descubrió.

Stella, inclinada sobre la bella muchacha de color, estaba haciendo algo... Rápido, Cole se aproximó en dos zancadas, aferró el brazo de la rubia y atractiva secretaria del japonés... ¡y descubrió en su mano la aguja hipodérmica, con una jeringuilla diminuta, repleta de algo verde oscuro, viscoso...!

Stella lanzó un grito agudo, al verse sorprendida por Cole Intentó clavarle a él la aguja que no había llegado a penetrar en el seno de Lena. El grito de Fukira, al presenciar la escena, reveló lo que ya Cole imaginaba:

— ¡Cielos, es ponzoña de araña venenosa! ¡Hubiese matado a esa chica en dos segundos! ¿Qué significa...? ¡Stella no puede ser...!

—Sí, Fukira —silabeó Cole, aferrando con fuerza la mano ya desarmada de la rubia Stella Wond—. Su bonita secretaria es el traidor que tenía a su lado todo este tiempo, el que planeó alterar todos sus planes... sus proyectos de venganza.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué ella? —gritó Fukira, demudado, mientras la rubia se debatía, en vano, entre los férreos brazos de Cole, y ya Nolan y Kwan iban en ayuda de éste para reducir a la traidora.

—Taro Fukira, tu nunca supiste nada... —silabeó ella llena de odio, mirando con ojos llameantes al magnate japonés—. Querías vengarte tú en los demás, sin saber que en ti también había que vengarse... Porque tu padre, durante su vida, fue un *kamikaze* fanático, que murió luchando en la Segunda Guerra Mundial... ¡Y murió destruyendo un barco donde mis padres y tíos viajaban como refugiados de guerra, sin poderse defender de sus agresores, cuando los confundieron con un barco-espía vuestros malditos *kamikazes...* dirigidos y capitaneados por faro Fukira, padre...! Él no se salvó de ese ataque cruel, pero yo, cuando supe quién realizó la *hazaña,* juré vengarme de su descendencia, y por eso entré a tú servicio, maldito fanático... Siempre temí que los Dragones de Oro fueran funestos para mí. Intenté matar a Cole con una tarántula e hice raptar a Lena...

Se la llevaron hacia el interior de la cueva, ya libre de arañas. Taro

Fukira, demudado y atónito, contempló tristemente a Cole, a Nolan. Sacudió la cabeza.

—Lo... lo siento. Yo no era culpable de lo de mi padre... Pero ella quizá tenga también razón, si yo pensé tenerla en lo que hice... Ahora, perdonen. Vamos a volver al castillo. Pero no me verán de nuevo. Tengo algo que hacer. Una deuda de honor con mis antepasados...

—No pretenderá usted... —comenzó Cole, sombrío.

—Sí, mi querido amigo —afirmó lentamente Fukira, echando a andar con triste sonrisa—. Todo han sido fracasos y errores. Debo pagar. Mi honor sólo queda limpio de un modo...

—Fukira, no estamos en la Edad Media...

—Para un japonés, ni el tiempo ni la hora cuentan. Es el honor, y éste está por encima de todo... Adiós, amigo. Gracias por todo. Tendrá un donativo generoso para lo que desee invertir. Mis abogados se lo enviarán a Estados Unidos... Todo está ya preparado. Yo... no necesito darle antídoto alguno Sus amigos ya saben que el veneno no existió...

Cole no dijo nada. Tampoco Kwan ni Nolan. Y Lena, que se recuperaba lentamente, miraba a todos con torpeza, aún sin entender nada...

Taro Fukira hizo mutis. Era su último mutis en la tragedia de su vida. El telón final para él. Y ni siquiera había cumplido su venganza...

* * *

Ya salían todos del castillo, en silencioso peregrinaje, cuando sonó el grito de horror.

Una persona, entre los presentes, se llevó las manos al cuello. Jadeó:

—Oh, no, no... ¡Fukira tiene que darme el antídoto! ¡A mí *sí* me envenenó...!

Frank Cole y todos los demás, clavaron sus ojos en el que se tambaleaba, repentinamente enrojecida su faz, con un raro tinte escarlata. Para asombro de todos, el que así se debatía ahora, en una súbita y extraña agonía, era el guapo, rubio, arrogante Marty Nolan, editor y amigo de Taro Fukira, colaborador en la lucha final en la Isla de las Perlas.

— ¡Nolan! —dijo Cole, con brusquedad—. ¿Por qué usted solamente? Todos estamos bien...

—Noto... noto este ardor... Mi corazón, mi sangre... ¡Se me nubla la vista, me asfixio...! —barbotó Nolan, mientras su guapo rostro se contraía, crispado, y sus labios se amorataban. Cayó de rodillas en el sendero que conducía desde la estación del teleférico a la playa, por donde les guiaba un joven japonés, Nikko Nagoshu, fiel servidor de

Fukira. Este miraba, con fría sonrisa, la agonía súbita del joven editor.

—Pero ¿por qué iba a ser usted envenenado, y no los demás? —demandó Helen Wallace.

—El... él... Fukira... siempre supo que yo...*era el asesino de su familia... y* el que se apoderó de la joya que ha significado mi... mi recuperación económica... cuando estaba arruinado... —jadeó el editor, cada vez más congestionado, sacudido por espasmos bruscos.

—De modo que era usted... y Taro Fukira, después de todo, se ha vengado... — musitó Lena Tiger, asombrada.

—Pero él dijo que nunca supo... quién era el enemigo, el asesino... —recordó Kwan.

Ahora fue Nikko Nagoshu quien se aproximó con sonrisa amarga y señaló al castillo escarlata, que quedaba atrás.

—Mi señor, a quien los dioses hayan acogido ya en su morada eterna, limpió su honor, lo supo a última hora... Algo delató al señor Nolan... y eso reveló a miamo quién era el culpable...

—Yo creo saberlo —susurró Cole, mirando al agonizante, por el que nadie podía ya hacer nada—. De entre todos los invitados, era el único budoka que sabía Artes Marciales... Y Fukira *sabía* que quien mató a su familia con el sable samurai, no era un inexperto, sino alguien versado en esa clase de lucha... Cuando estuvo seguro de ello... tal vez condujo a todos ustedes de modo que Nolan, *y sólo Nolan,* rozase algo, una planta, una piedra, cualquier punto con una sustancia mortal de lentos efectos.

—Así es, señor Cole —suspiró el servidor de Fukira—. Así es...

A pies de todos los presentes, Marty Nolan moría ya, revolviéndose hasta quedar inmóvil para siempre. En silencio, siguieron todos hacia la embarcación que les llevaría de nuevo al exterior, a la vida, lejos de la isla sangrienta...

Taro Fukira había cumplido su venganza. Ahora sí caía ya el telón...

# E P IL O G O

La Isla de las Perlas quedó atrás.

Con su historia. Con su horror, con su estela de muerte y de pasiones e ideas de otros tiempos remotos.

Desde la canoa, que les alejaba de allí, de regreso a Osaka, Kwan Shang, Cole y Lena, miraron a sus riscos y acantilados, con cierto alivio.

—Ya todo terminó., —susurró Kwan Shang, complacido.

—Sí, todo... —Cole asintió despacio—. Una trágica historia de sangre y de muerte, de odio y venganza... Todo lo que el mundo no necesita, lo que debe extirpar, para dejar sólo la verdadera justicia... Si al menos supiera el ser humano aprender las lecciones que la violencia le enseña... para no volver nunca a ella... Pero es obvio que los hombres jamás aprendemos lección alguna...

—Frank, no hables demasiado... —dijo Lena, mirándole con cierto rencor—. Tú huyes de la violencia, el odio y la muerte. Pero no de las mujeres bonitas...

—Lena, ¿qué quieres decir?

—Lo sabes muy bien: Helen Wallace, Stella Wond... Demasiadas mujeres. Y tengo muchas dudas respecto a tu comportamiento...

— ¡Oh, querida, olvida eso! —sonrió Frank, tomándola en sus brazos y besándola—. A veces hay que hacer ciertas cosas, sólo porque son inevitables para llegar a un feliz final...

Lena no parecía muy convencida. Pero el beso de Cole pareció dominar un poco su ira. Y sonrió de buen grado Kwan Shang, apartándose de ellos, cuando vio que Lena ya no protestaba y se ceñía con más y más pasión a Frank Cole...

—Siempre ocurre igual —musitó el joven chino—. Mujeres...

F I N